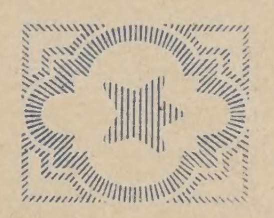
Enrique Suarez de Deza.

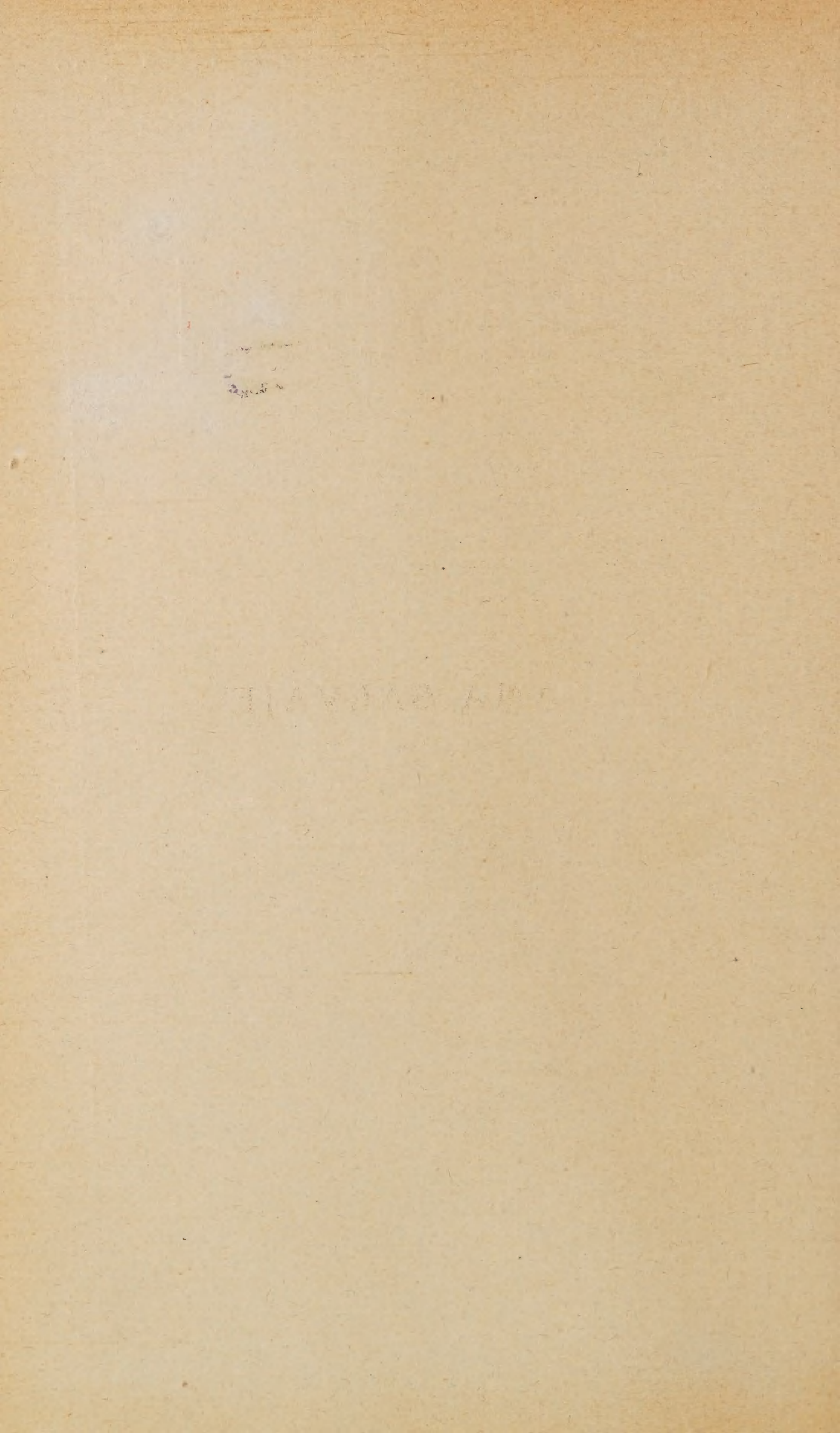
LA DAMA SALVAJE

COMEDIA EN CUATRO ACTOS,
EN PROSA, ORIGINAL.



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24

1925



LA DAMA SALVAJE

LA DAMA SALVAJE

COMEDIA EN CUATRO ACTOS, EN PROSA
ORIGINAL DE

Enrique Suarez de Deza

Estrenada con gran éxito en el TEATRO INFANTA ISABEL, de Madrid, el 2 de Octubre de 1925 por la Compañía Meliá-Cebrián.



MADRID
«GRAFICA MADRID», DOÑA URRACA, 17
1925

A mis amantísimos padres,
a quienes debo todo

Enrique.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ARISCA	Pepita Meliá.
LADY ALICIA...............	Carmen Collado.
LADY AGATA	Matilde Galiana.
SEÑORA CANTERBURE....	Carmen Palencia.
SEÑORA WILLS............	Carmen Sánchez.
MIS RED......................	Teresa Gamborino.
RICARDO.....................	Benito Cebrián.
LORD GUILLERMO.........	Pablo Bonell.
ERNESTO WILLIAM........	José G. Castro.
JACK...........................	Aurelio Castaños.
MISTER COOCK-COOCK...	Delfín Prieto.
PETER GRAY................	Emilio González.
LOR CANTERBURE..........	Francisco Caballero.
LORD WILLS.................	Francisco Puyol.
ARTURO BLAKE............	A. Manso.
TOM	Emilio González.

ACTO PRIMERO

Hall de una casa aristócrata inglesa. Tonos claros. Al foro, terraza y jardín; al fondo, las montañas. Alrededores de Londres. Otoño.

WILL. (*Entrando.*) ¿No oías que llamaba?

JACK. (*Rígido.*) No, señorito.

WILL. (*Quitándose el abrigo.*) Pues me has hecho esperar una hora. Eres insoportable, Jack. Es muy desagradable venir de visita y estar una hora llamando. Parece que gozas con hacerme esperar. ¿O es que sufres del oído?

JACK. Sí, señor; como casi todos los criados. Por lo demás, mi médico dice...

WILL. No hagamos caso ahora de lo que dice el médico.

JACK. Nunca le he hecho caso, señor.

WILL. Te felicito. Es una buena costumbre.

JACK. Nada hay tan molesto como las buenas costumbres. Si el señor las ha tenido, lo sabrá.

WILL. Ni nada tan ridículo como saber más de lo que debemos.

JACK. De acuerdo. Pero afortunadamente no estamos en ese caso, ni usted, ni yo.

WILL. ¡Gracias! Me has dicho que sé menos de lo que debo.

JACK. ¡Oh, no! Podría hacerse un libro maravilloso con todas las cosas que sabe el señorito.

WILL. Menos mal.

JACK. Pero todavía podría hacerse otro más maravilloso con todas las cosas que no sabe.

WILL. Está bien. Se ve que no eres partidario de las alabanzas.

JACK. He observado que las alabanzas no se hacen generalmente para alabar, sino para molestar a los que no se alaba. Y en este caso, yo, no tenía intención de molestar a nadie.

WILL. Oh, tienes un admirable espíritu crítico.

JACK. Sí, señor, y esa es mi desgracia. En Inglaterra hay muy pocos criados con espíritu crítico; es una lástima.

WILL. ¿Crees tú que hace mucha falta para ser un buen criado?

JACK. Desde luego. Ser un buen criado, es más difícil de lo que parece. Cualquiera puede ser un buen ministro, pero un buen criado; créame, señor, es difícil.

WILL. ¡Bien, basta! Haz el favor de anunciarme.

JACK. ¿A quién? ¿Al señor, nada más, al señor y a la señora, o a la señora, solamente?

WILL. ¡Al señor! Vengo a tratar de negocios, ¿comprendes?

JACK. Oh, el señor no tiene por qué decirme a qué viene, pues ya lo sé.

WILL. ¿Qué sabes? ¡Oye, Jack! Te dije que era ridículo saber más de lo que debemos. Se me olvidó decirte que era también peligroso.

JACK. En efecto: Pero yo quisiera que el señor me dijera para quién es el peligro, ¿para el señor, o para mí?

WILL. ¡Basta! ¡Tú, eres un criado y yo, soy un amigo de la casa, ¿comprendes?

JACK. Muy exacto. Pero yo, como criado, debuté hace cuarenta años y he tenido un gran éxito y el señor, como amigo, debutó hace

tres meses y está como al principio de las comedias, cuando todavía no sabe nadie cómo serán.

WILL. ¡Es que bueno o malo, no se te olvide quién soy!

JACK. ¡Oh, es difícil saberlo a la primera escena!

WILL. Anúnciame.

JACK. Con permiso, señor. (*Mutis, rígido.*)

GUI. (*Entrando.*) ¿Qué tal, querido Ernesto?

WILL. A sus órdenes, Guillermo.

GUI. No le esperaba tan pronto, pero me ha avisado Jack que estaba usted aquí.

WILL. Jack es un criado admirable. Muy inteligente y, sobre todo, muy simpático.

GUI. Pues él no dice eso de usted.

WILL. Oh, pero no lo sentirá. Es muy fácil no decir lo que siente.

GUI. Pues bien, querido Ernesto: No podemos tratar de nuestro negocio. Le había citado a usted creyendo que hoy estaría con nosotros Ricardo, porque nos anunció su llegada para ayer. Pero no ha venido.

WILL. ¿Ricardo?

GUI. Sí, mi cuñado. Ricardo, el pequeño Ricardo... Un jovencito triste y romántico. Nació en una casa aristócrata, pero su espíritu nació Dios sabe dónde, y así, al andar entre los suyos estaba lejos y era como un extraño en su propio nido. Era nido y era jaula. Un día, la jaula estaba abierta, y Ricardo, el pequeño Ricardo, echó a volar.

WILL. ¿Le buscaron?

GUI. Los mejores policías de Inglaterra, hasta los mejores policías del mundo. Pero fué inútil.

WILL. ¿Y ahora vuelve?

GUI. Sí, a los ochos años. Cuando todos le creíamos perdido; su madre, su hermana y, hasta yo mismo. Pero de repente, una carta

cuatro letras locas. Mire usted: «Madre mía: Vuelvo... ¡Pero qué distinto del que me fuí!... Yo era joven, era sano, era bueno... Pero me faltaba algo, que era todo, como si la vida me la hubieran dado vacía por dentro. Y ahora, no; estoy gordo y soy alegre, tu hijo es otro. Que gran sorpresa mi vuelta, ¿verdad? Púes todavía queda otra mayor. No... no preguntes, mamá; no preguntes, Alicia; no preguntes, Guillermo. Si os lo digo no tiene gracia. Y ahora, como todas las noches cuando te besaba en la frente... Mamá, hasta mañana.» Usted perdone que se la haya leído. Pero es que todos en la casa hemos sacado copia.

WILL. ¡Oh, muy curioso! La vuelta al nido, como diría un poeta cursi.

GUI. Sí, pero sin traer las alas rotas. Así, querido Ernesto, que nuestras explotaciones industriales tienen que esperar la vuelta de Ricardo; como usted sabe, son intereses de familia. Siento haberle hecho venir y perder el tiempo

WILL. De ningún modo. En esta casa yo no pierdo nunca el tiempo.

GUI. Es usted muy amable, muchas gracias.

ILL. No, es sencillamente la verdad. Y no debe usted agradecérmelo.

GUI. Ya lo creo. Porque usted es un hombre de negocios.

WILL. Y de mujeres. Y usted un hombre de negocios.

GUI. Y de mujer, que es distinto.

WILL. Mal sistema. Las mujeres son para amarlas u odiarlas, en muchos cuerpos diferentes.

GUI. ¡Bah! Las mujeres no son tan malas como dicen los hombres.

WILL. Ni tan buenas como dicen ellas.

GUI. Por Dios, cuidado, querido Ernesto. En la vida, los hombres y las mujeres, como los personajes de una gran comedia, no se definen por lō que ellos dicen de sí mismos, que afortunadamente es muy poco, y aún siendo poco, siempre es mentira... sino por lo que ellos dicen de los demás. Así, usted, al afirmar que todas las mujeres son malas, dice, sin querer, que no ha sido bueno para comprender a ninguna. Y yo, al proclamar la bondad de todas, afirmo la mía.

WILL. ¡Bah! Hay pocas mujeres que amen a un sólo hombre. Pero las hay que se contentan con dos.

GUI. ¡Claro! También puede haber dos hombres que amen a una sola mujer.

W L L. En efecto: Entre hombres y mujeres hay muchas combinaciones.

ALIC. (*Entrando.*) ¡Ah! Perdón. No sabía que estaba el señor William.

GUI. No importa. Pasa, Alicia.

WILL. Señora.

ALIC. Buenas tardes. ¿Cómo está usted, señor William?

WILL. A sus pies, señora.

GUI. Le hemos hecho venir porque contábamos ya con Ricardo, pero como ese chico es tan loco... nos ha hecho esperar a todos. Ah, voy a darle los planos de la fábrica para que se vaya enterando y no pierda la visita.

WILL. No se moleste, Lord Guillermo.

GUI. Un instante. (*Va a un secreter. Pausa.*)

WILL. Anoche la vió Mis Kety en el teatro.

ALIC. Sí. Voy con mucha frecuencia.

WILL. ¿Le gusta mucho el teatro?

ALIC. Regular.

WILL. A mí, con delirio. Por eso no voy jamás.

ALIC. Es usted muy exigente.

WILL. Regular. Pero me molestan esas comedias modernas donde a los cinco minutos de haberse levantado el telón, están en escena el marido, la mujer y el amigo... que no se sabe de quién lo es más.

ALIC. ¡Oh, es usted muy poco observador! Es precisamente en esas donde salen tan pronto, en las que luego no ocurre nada. Vea usted lo de anoche.

WILL. Lo veremos.

GUI. Aquí están. Son unos planos curiosísimos. Parecen hechos por un poeta.

WILL. ¿Qué es ésto?

GUI. Muy fácil. Nuestra gran fábrica de paños que puede explicarse como un poema.

ALIC. A ver.

GUI. Una, dos, tres... diez máquinas distintas. Unas, buenas, honrádas, que no viven más que de su trabajo. Estas están en movimiento todo el día, pero son pocas. Y muchas, holgazanas, sinvergüenzas que no hacen más que recoger el trabajo de las otras... Pero buenas o malas, lo que produce una se lo quita otra que lo transforma hasta que a esa otra se lo vuelven a quitar de nuevo... Así trabajan las máquinas, como los hombres.

ALIC. ¿Y esta? La última...

GUI. Es la más buena y la más desgraciada. Porque a las otras les quitan un poco de lo que hacen, pero a esta le quitan el trabajo ya terminado. Como a esos hombres que por ser demasiado buenos, es mucho más fácil quitarles todo.

ALIC. (*Levantándose.*) ¿Y quien se lo quita?

GUI. El que compra el negocio. Ernesto, por ejemplo, en este caso.

WILL. Claro, yo. No hay más que tener talento para saber esperar... a que el trabajo esté terminado. Una vez terminado, engaño a la máquina buena y con una sonrisa de gentelmen le pido que me abra sus puertas. Dentro, voy derechito a sus garras para coger lo suyo. Si llegara a darse cuenta, bastaría un pequeño movimiento, quizá el bajar de una manivela para producir la catástrofe... El trabajo y yo despedazados y la máquina rota para seguir trabajando... Pero ella es buena, quiero decir, es tonta. Así cojo lo suyo, saludo y me voy.

ALIC. ¡Oh! ¿Y eso lo hace un hombre, Sir Ernesto?

WILL. ¿Un hombre? Y también una mujer, lady Alicia. Es muy fácil.

GUI. ¡Claro! Hasta un niño puede engañarla. ¡Pobre máquina buena! Es tanta tu bondad que se ríen de ti... Y los que no han sentido nunca tu bondad infinita le llaman estupidez o tontería... Ellos se rien por que no están a tu altura y miden a todos con el mismo nivel... Pero oye, máquina buena; en la vida es una gran desgracia estar por debajo, pero mayor desgracia todavía es estar por encima... Y tratan de tu propia perdición delante de ti, sin que tú te enteres, y no eres capaz de sospechar que hay alguien que pretende quitarte todo. Y si te lo quitan, a ver, máquina... de qué te sirve tu bondad? Para que un día, deshecha, sucia, rota, vieja, cuando ya no sirvas para nada, puedas exclamar enloquecida. ¡Pero, Dios mío! ¡Qué cosa tan mala es la bondad!

WILL. (*Fumando.*) Así es, así es...

ALIC. No, no, Guillermo, no la vendas...

GUI. ¿Por qué? Yo hice mal en excitarme y tú en tomarlo en serio.

WILL. No es para tanto.

GUI. Claro. ¿Qué tienen que ver las máquinas con los hombres?

WILL. Y me marcho. Es la hora para el Club de los Treinta.

GUI. ¿Qué Club es ese?

WILL. Oh, muy curioso. Un Club donde los socios se dividen en dos secciones: treinta años para arriba y treinta años para abajo... En cada una se habla de lo suyo, como en la realidad: media vida para imaginar el porvenir: otra media para recordar el pasado... Matemático.

GUIL. ¿Y usted a cual pertenece?

WILL. Yo tengo treinta años justos. Puedo entrar en las dos. A sus pies, señora. Mis respetos a lady Agata.

AGAT. *(Entrando.)* ¡Ah, era usted Sir Williams! Oí voces y creí que era Ricardo.

ALIC. Por Dios, mamá, no te impacientes...

WILL. Ya vendrá, señora.

AGAT. ¡Ah. una madre, siempre sufriendo por sus hijos! Es nuestro deber, como dije en mi última conferencia en el Circulo de las madres. Es nuestro deber llorar, pues hay que llorar. Porque siempre lo primero es el deber.

ALIC. Calma, mamá. Ahora no hay por qué afligirse.

AGAT. Sí, hija mía. Tu hermano huyó del hogar y aun que tú y yo supiésemos que no volvia, nuestro deber era esperarle siempre, con un plato en la mesa y la cama hecha. Ahora nuestro deber es estar intranquilas. Y hay que estarlo.

WILL. Por Dios, lady Agata.... No se intranquilice de ese modo.

JACK ¿Llamaba la señora?

ALIC. Oye, Jack... Dile a ese hombre, que no vuelva, que no insista... Que soy una mujer honrada, y, que desde hoy, las puertas de esta casa le estarán cerradas, y que si no sirve que se lo digas tú, se lo dirá lord Guillermo...

JACK ¡Oh, servirá, señora!

WILL. Con el permiso de ustedes me marcho para el club.

ALIC. Díselo.

GUI. Y yo le acompaño, y vuelvo en seguida.

ALIC. Díselo.

WILL. Encantado. ¿Vamos?

JACK Un instante. Yo tenía que decir una cosa a sir William.

WILL. ¿A mí?

GUI. ¿Qué dices, Jack? ¿Es algo reservado?

JACK ¡Oh, no! Yo puedo decirlo delante de todos.

GUI. Bueno, pues dilo.

WILL. ¿Qué?

JACK Ya cumplí el encargo que me dió sir William acerca de aquella casa que quería comprar.

GUI. ¿Usted?

WILL. Sí, yo..., yo.

JACK Y me han dicho, que la casa no se vende. Que no insista.

WILL. (*Comprendiendo.*) ¡Ah! Bien. Dile a los dueños, que todo en la vida es cuestión de tiempo.

JACK ¡Oh, no! Esto, no. Porque la casa que quiere comprar sir William, guarda muchos recuerdos de familia, y sus dueños han dispuesto que, de hoy en adelante, sus puertas estarán cerradas.

WILL. Y eso, ¿quién lo dice?

JACK Lo dijo un criado; pero también le dijeron

que, lo que dice el criado, puede decirlo el señor.

GUI. ¡Bah; eres admirable, Jack! Quiere hablar bien, y les dá a las cosas demasiado rodeo.

JACK No hice más que cumplir un encargo.

WILL. (Lo veremos, lo veremos).

GUI. Vamos, Ernesto... Vamos. (*Mutis.*)

AGAT. ¡Oh, sí que es admirable! Jack cumple siempre con su deber.

JACK La señora está servida. (*Reverencia. Mutis.*)

ALIC. (*Echándose a llorar después de una pausa.*) ¡¡Oh!!

AGAT. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa, hija mía?

ALIC. Déjame, mamá, déjame.

AGAT. ¿Pero ha pasado algo?

ALIC. ¡No! No ha pasado nada.

AGAT. Entonces... ¡Ah, Dios mío, no tenía bastante con Ricardo, y ahora también tengo que estar intranquila por ti!... Pero Alicia...

ALIC. Déjame...

AGAT. ¡Ah, una madre siempre sufriendo por sus hijos! (*Mutis detrás de Alicia. Hay una pausa. Entra un hombre grande, alegre, sano, que queda mirando las paredes y los muebles, y respira muy fuerte, con una honda satisfacción: Ricardo.*)

JACK (*Al entrar, asustado.*) ¡Oh! ¿Quién es el señor?

RIC. ¡Jack! ¡Jack! ¡Tú eres Jack!

JACK Sí. El señor me conoce.

RIC. ¿Y tú a mí no? ¿De veras que no sabes quién soy?

JACK ¡Oh, antes de saber quién es el señor, quisiera saber por dónde ha entrado.

RIC. ¿Que por dónde he entrado? Por la verja. Era muy baja; invitaba a saltar, y salté.

JACK ¡Oh, sea quien sea el señor, no es correcto entrar por una verja.

RIC. ¡Pero Dios mío! ¿He cambiado tanto? Si tú estás igual: las mismas patillas, la misma nariz ladeada. Siempre fuiste muy feo.

JACK ¡Oh! (*Asombrado.*) Veo que el señor me ha conocido siempre.

RIC. ¡Claro! ¿Y tú no te acuerdas de mí?... A ver, Jack... ¿Quién soy yo?

JACK El que entró por la verja.

RIC. Sí; pero ¿quién es ese? ¿Qué te diría para hacerte comprender quién soy? Oye, Jack. Un día paró un coche muy elegante frente al Colegio de Melbourne. En él iba sólo un hombre: era un mayordomo con dos grandes patillas blancas. Se abrió la puerta del Colegio y salió un pequeño delgado y pálido. Luego el coche rodó camino adelante y los dos, que empezaron el viaje muy serios, acabaron riendoy fueron los mejores amigos del mundo!

JACK ¡Ah! ¡Ricardo! (*Lo abraza llorando.*)

RIC. ¡Jack! ¡Fuerte!

JACK ¡Oh, oh, oh!... Perdón... El señor es el mismo, pero ya no es como antes... No. Perdón, porque yo no he sido correcto. Yo pido mil perdones al señor.

RIC. Calla, calla. Y llama a todos, dile a todos que ya ha llegado el pequeño Ricardo.

JACK Sí. En seguida, señor. Pero antes quisiera que me perdonara mi incorrección. La llegada del señor me ha traído a la cabeza mil recuerdos olvidados... y a los ojos un fuerte picor... alegrías y dolores... Mi tierra Irlanda... Mis hijos lejos...

RIC. ¡Calla! ¡Calla! ¿No te he perdonado ya?

JACK No. El señor no ha dicho mas que «calla, calla».

RIC. Pues bien: yo, Sir Rircardo, perdono a mi mayordomo Jack.

JACK ¡Oh, si! ¡Ahora sí!

RIC. Le perdono por la indelicadeza de haber tenido corazón.

JACK ¡Oh! (*Golpeándose.*) ¡Incorrecto, incorrecto!

RIC. Le perdono por su tierra Irlanda, por sus hijos lejos!

JACK ¡Oh, gracias! ¡Muchas gracias, señor! (*Mutis llorando.*)

AGAT. ¡Ricardo!

ALIC. ¡Ricardo!

GUI. ¡Ricardo!

RIC. ¡Mamá! ¡Alicia! ¡Guillermo!

AGAT. (*Se sienta llorando.*) Hijo mío...

RIC. (*Cayendo de rodillas, le abraza las piernas.*) Mamá... no llores... No llores.

AGAT. Si es de alegría, hijo mío, de alegría... No puedo... no puedo hablar... (*Le coge la cabeza y la aprieta frenética.*)

RIC. ¡Mamá! ¡Tonta! ¡Tonta! Ya estoy entre vosotros, ya pasó todo... Vuelve el pájaro al nido... Un día le empujó la locura y voló, ocho años seguidos, por el cielo, sobre el mar y la tierra. Dominó a los vientos y a los hombres, buscó la vida y la halló... pero se le cansaron las alas y soñó con un día en que pudiera decir al oír el llorar de la madre... «pájaro... cierra las alas... que son muy grandes para tu nido»...

AGAT. ¡Hijo!

RIC. Y en seguida os puse cuatro letras locas, como yo. ¿Recibísteis la carta?

ALIC. (*Sacando su carta.*) Sí; aquí está.

GUI. (*Idem.*) Mírala.

AGAT. (*Idem.*) Es ésta.

RIC. (*Asombrado.*) ¿Pero cómo? Si yo no te he escrito más que una.

GUI. Es que hemos sacado copia.

ALIC. Y todas dicen lo mismo.

LOS TRES. (*Leyendo.*) Madre mía... vuelvo, pero qué distinto del que me fuí.

AGAT. Eso sí, distinto.

ALIC. Ya no eres el pequeño Rícardo que soñaba...

RIC. (*Levantándose.*) ¡No! ¡Ahora soy el gran Ricardo que vivió! Recorrí toda Inglaterra, pueblos, ciudades, valles y montes. Y Sir Ricardo, hijo de Lady Agata y hermano de Lord Guillermo, logró lo que nadie en su familia de treinta generaciones ilustres! Que campesinos y obreros y criados le llamaran cariñosamente: Oye, tú... Eh, tú... Chist, Ricardo.

AGAT. (*Levantándose.*) ¡Oh!

RIC. Porque fuí de todo. Una noche ayudé a unos bandoleros, porque me dieron lástima, y asaltamos la diligencia de Windermer... Y al día siguiente el pueblo me nombraba árbitro para sentenciar aquel robo. Pero los perdoné. Ya ves, madre, bandolero o juez, fuí de todo.

AGAT. Oh, de todo... menos correcto. ¡Qué gran desgracia!

ALIC. Pero ¿qué ha podído pasar para cambiar de ese modo?

RIC. ¿Que qué ha podido pasar? Pues muy sencillo. Para cambiar la vida de un hombre, pues una mujer.

AGAT. (*Asustada.*) ¿Qué? ¿Qué?

RIC. Sí; una mujer, una joya que encontré en mi camino.

AGAT. ¿Una mujer? ¡Ay, Dios mío! ¿Y quién?

RIC. No preguntes, mamá. ¿Es que acaso no tienes confianza en mí? Es bella, tan bella que los mejores pinceles del mundo no sabrían copiarla como yo la veo. Es alta y rubia, de piel blanca y ojos grandes. Este es el estuche, pero la joya está dentro: su alma. Un

alma fuerte y espléndida, pero que sentida cerca se hace delicada y sensitiva y se derrite como un beso. En un beso vivo y de otro nace. Porque en un beso del cielo a la tierra brotó su alma de mujer.

ALIC. Oh, Dios haga que no sea tan bella como tus frases.

AGAT. Calla, hija mía... ¿Aristócrata?

RIC. No.

AGAT. ¡Oh! ¿Burguesa?

RIC. No.

AGAT. ¿De las clases inferiores?

RIC. Tampoco. De una clase superior a todas las que existen.

AGAT. ¡Ay, ay, Dios mío!

RIC. Pero no tiembles, mamá. Ahora vas a juzgar por ti misma.

GUI. ¿Qué?

AGAT. ¿Qué dices?

RIC. ¡Claro! Que me la he traído. ¿O me crees tan loco que me la iba a dejar?

AGAT. Pero Ricardo. Traerte a casa a una mujer. Pero ¿qué has hecho? Eso no está bien.

RIC. Si está bien. Porque estoy casado.

AGAT. ¡Oh!

ALIC. (*Sosteniéndola.*) ¡Por Dios, mamá!

GUI. ¿Pero cómo? ¿Casado?

ALIC. Entonces ¿cómo decías que estás enamorado de ella... si es ya tu mujer?

RIC. Porque la quiero.

AGAT. Basta. No discutais. Si ha venido contigo esa señorita vete a buscarla al hotel donde esté. Yo voy a vestirme para que me la presentes oficialmente.

RIC. ¡Pero qué oficialmente! Si está ahí.

LOS TRES. ¿Aquí?

AGAT. Oh, en qué situaciones me pones, Ricardo.

Tener que recibir a mi hija política de esta manera.

RIC. Tu hija, mamá. Quítale política. Ya verás, ya verás cuando la veas.

GUI. Pero ¿dónde está?

RIC. En el jardín.

GUI. ¿Y por dónde ha entrado?

RIC. Pues como yo, por la verja.

AGAT. *(Asustada.)* ¡Oh!

RIC. *(Llamando muy prolongado.)* ¡Arisca, Ariscaaa!!!

AGAT. ¿Pero qué haces, qué es eso?

RIC. Pues no lo ves. Que la llamo.

AGAT. ¿Pero es que se llama así?

ALIC. ¡Qué horror!

RIC. Ya verás, ya verás. ¡Ariscaaa!

AGAT. Ay, ay, Dios mío.

RIC. Ya viene, ya viene. ¡Arisca!

(Entra corriendo una muchacha de diez y ocho años, hermosísima, con el traje roto, casi descalza, suelta la melena rubia y con una vara en la mano. Da un salto y echa la cabeza atrás.)

ARIS. ¿Qué?

AGAT. *(Cayendo se tapa la cara.)* ¡Oh!

ARIS. Chist... No me digas nada. Esta señora que le duele la cabeza es tu madre. Esta señorita que me mira asustada es tu hermana. Y ese señor es lord Guillermo, marido de ésa, que es hija de ésta. Chist... Silencio. Ya sé quién son ellos; ahora es preciso que ellos sepan quién soy yo. *(Pausa.)* Pues eso, lo que Ricardo dijo al llamarme, sin más nombres ni apellidos, muy corto, muy fácil, Arisca.

GUI. *(Asustado.)* Ya, ya.

ARIS. Y ahora, cállense todos que voy a contar mi historia. Yo soy hija de una madre a quien

no conozco y de un padre... que no sé quién es. Desde que nací me llevaron a las montañas, donde subían las gentes del pueblo para decirme... Arisca, tú estás aquí para ocultar la deshonra de una señora muy elegante y la poca vergüenza de un señor muy distinguido. Esto me lo decían desde los cinco años. Y había quien, para decírmelo, subía al monte apropósito, dándose una larga caminata. Pero un día, era ya grande y estaban todos los pastores juntos para reirse de mí, y entonces les cogí la cabeza y uno a uno les fuí dando contra las peñas. (*Gritando.*) Y desde aquel día soy la reina de las montañas, su alma, como dice éste, y que yo no sé qué es, señora y ama de los riscos, porque en ellos tengo silla y mesa, y éste dice que trono, y cuando yo doy un grito, ¡eh... eh...!, los pájaros vienen, los pastores se arrodillan y hasta las nubes tapan el sol. (*Pausa.*)

RIC. Esta es Arisca. Y ahora pueden hablar, porque ya nos conocemos todos.

AGAT. ¡Oh! ¡Qué espanto! ¡Qué espanto!

ALIC. ¡Qué horror!

AGAT. No puedo, no puedo hablar.

ARIS. ¿Se ha asustado, se ha asustado por lo que dije de los pastores?

RIC. Déjala, Arisca; déjala.

ARIS. No. (*Cae de rodillas.*) Señora, no llore que no les hice daño. (*Llorando.*) Es verdad que les di con la cabeza en los riscos, pero lo hice con mucho cuidado... No llore, señora, que yo la quiero mucho. (*Va de rodillas hasta ella y le coge las piernas.*) Usted será mi madre buena, no como aquella que me abandonó.

AGAT. Quítamela, quítamela. (*Sin tocarla.*) Ricardo, quítamela.

RIC. (*Separándola.*) Ya está, mamá; no te asustes... Si ella no es así, es que he querido que viniera como yo la vi por primera vez.

ARIS. ¡Ah! ¿Es que me quiere elegante? Si Ricardo me ha comprado trajes nuevos y además me sé peinar con unas cosas así que le llaman ondas... y tengo cuatro pares de zapatos que tienen en el talón unos palos muy grandes... Ah, señora, yo no tengo madre y quiero ser su hija. Yo soy muy elegante.

AGAT. Basta, basta. Sujétala, Guillermo, que de Ricardo no me fío.

ARIS. (*Entregándose de rodillas.*) Ande; sujéteme, Guillermo; ande.

GUI. ¡Pobrecita! Ya está, lady Agata. (*Pausa.*)

AGAT. Hijo mío, siempre fuiste muy loco; pero no pude imaginar que un día llegara a tanto. Toma esa mujer y llévatela a las montañas, de las que nunca debió salir. Fírmales un cheque a los pastores para que cuiden de ella, y tú...

RIC. ¡Oh, no! ¡Eso, no! Yo la quiero, y es mi esposa.

AGAT. Silencio, sir Ricardo. No permito que se me interrumpa. Eres hijo para escuchar a tu madre. Eres joven para escuchar a una persona más vieja que tú.

RIC. (*Furioso.*) ¡¡No!!

AGAT. Y si eso no basta, eres caballero para escuchar a una dama (*Pausa.*). Por las leyes de Inglaterra, muerto tu padre soy la que debe velar por el honor de la familia. Y la nuestra, ilustre en treinta generaciones, no puede mancharse en la tuya, Ricardo, admitiendo una mujer salvaje de la que no conocemos ni su origen.

GUI. Perdón, lady Agata. Por las leyes de Inglaterra, en cada familia debe velar por su honor el hombre más viejo que haya en ella. Usted me admitió en la suya. Así, siento decirle, lady Agata, que el que debe hablar soy yo.

RIC. ¡Guillermo! (*Arisca se estrecha a él.*)

AGAT. Y bien; ¿qué puede decir mi hijo, lord Guillermo?

GUI. Señora: no echemos en cara a esta criatura salvaje su origen, del que ella no tiene la culpa, sino más bien nosotros, los civilizados. Nosotros la echamos a las montañas, ahora las montañas nos la devuelven.

AGATA ¡Oh, no es nuestro deber remediar el mal de otros!

GUI. El deber no es todo, señora. Usted hace todo lo que debe, pues yo dejo de hacer algunas cosas en pago a las mil que hago sin deber!

AGAT. Oh, ¿qué es ésto? ¿Qué pretendes?

GUI. Recogerla, tratar de educarla. El mal que otros hicieron, también pudimos hacerlo nosotros, Ricardo; yo por ejemplo... pues recogiendo el mal de los demás. ¡Dios perdonará el nuestro!

AGAT. ¡Oh, al hablar así no debes tener la conciencia muy tranquila!

GUI. Señora. (*Señalando a Arisca.*) El que esté libre de pecado que arroje la primera piedra. (*Todos agachan la cabeza como bajo el peso de algo. Pausa.*).

AGAT. Bien. Lo dice lord Guillermo y yo no puedo protestar. Hasta en en contra de mí misma, mi deber es acatar su autoridad,

RIC. Mamá.

AGAT. Pero oye. Hoy que es día de tu llegada y que yo debía estar oficialmente alegre, es

para mí el día de una gran desgracia. Porque al traerme a esa mujer, eres tú como ella... y yo esperaba a un hijo que no ha llegado.

RIC. — Madre. En el instante en que entre tú señora y yo salvaje hubo un corazón para todos.

AGAT. — Es que en las grandes emociones todos los hombres son iguales, pero en cuanto pasan. todos son diferentes. Además, yo no lo sabía.

RIC. — Ah, era tu hijo y me amabas cuando no sabías que traía a esta mujer, pero en cuanto tu corazón se entera, se indigna y deja de amarme. ¿Qué quieres, que el mío se indigne y deje de amarla a ella? Pues haberme dado un corazón como el tuyo para apretarlo como un resorte.

AGAT. — ¡Basta! ¡Basta! Repito que ahora no soy tu madre; soy una dama. Vamos hija mía.

ALIC. — Parece mentira, Ricardo, parece mentira... (*Mutis de las dos.*)

GUI. — No hagáis caso. Tormentas de mujer no traen más que agua; ni piedra ni viento. Voy a llamar a Jack para que os lleve a vuestras habitaciones. (*Mutis.*)

ARIS. — (*Llorando de rodillas.*) Llévame, llévame a mis montañas. Allí yo era la reina, aquí soy una salvaje... Tienen razón, llévame.

RIC. — No, no.

ARIS. — Soy una salvaje, que no me quiere nadie. ¡Claro! Si no me quiso mi madre, ¿cómo me va a querer la tuya? Vámonos, vámonos.

RIC. — No, no. Nos iremos por nuestra propia voluntad, pero cuando nadie nos eche. Yo te elevaré hasta ellos y si no puedo, ellos han de bajar hasta ti.

ARIS. — (*Arrastrándose a su pies.*) Llévame. Llévame...

JACK — Oh, que gran locura es el amor.

ARIS. — Llévame...

RIC. — No. En las montañas (*Gritando.*) fuiste reina y triunfaste de los lobos, pues aquí sin ser nadie, triunfaremos de los hombres!

JACK — Oh, dicen en España que el amor lo vence todo. ¡Veremos en Inglaterra! (*Con una gran reverencia.*) Los señores pueden seguirme.

RIC. — (*Arrastrándola.*) ¡Vamos! ¡Vamos!

TELON

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Es de noche, dos meses después. Está en escena Jack, junto a la puerta del foro, solo y rígido. Dan las nueve.

JACK — Las nueve. Nada hay tan inglés como el reloj. Es la hora de la conferencia. (*En la puerta de la derecha. Con una reverencia.*) Lady Agata, lady Alicia. Las nueve. (*Cruza la escena y en la de la izquierda.*) Lord Guillermo, sir Ricardo. (*Idem.*) Las nueve. (*En el foro, rígido.*) Esta es la conferencia del amor que debe y que no debe, hablada por hombres y mujeres. Seguramente las mujeres la hablarán más. ¡Oh, en esto de las conferencias yo soy muy escéptico, desde las internacionales!
(*Mutis. Entran Agata y Alicia, por la derecha. Guillermo y Ricardo, por la izquierda; todos de etiqueta.*)

LOS 4 — Buenas noches.

GUI. — ¿Cómo está usted, lady Agata?

AGAT. — Yo, bien; gracias.

GUI. — ¿Y usted, lady Alicia? Hoy hace dos meses justos que no nos vemos.

AGAT. — Exacto. Dos meses, sesenta días, mil cuatrocientas cuarenta horas.

RIC. — ¡Qué gran matemática! ¡¡Hurra!!

AGAT. ¡Oh!... Ruéguele a su protegido, lord Guillermo, que se muestre correcto... que no estamos en ninguna fiesta patriótica.

GUI. Mi protegido no ha dicho nada inconveniente.

AGAT. Ha dicho «hurra».

RIC. Bueno, ¿para qué tanta historia?

ALIC. ¡Oh, qué dolor! ¡Está completamente contaminado.

AGAT. Eso pasa, hija mía. Cuando una persona de buenas maneras quiere educar a otra de malas, generalmente acaban malas las dos. El que aprende es el profesor.

RIC. Bueno, que se sienten que para eso están las sillas.

GUI. Tenga la amabilidad de sentarse, lady Agata.

AGAT. Muy agradecida a su gentil invitación, lord Guillermo.

RIC. ¡Bueno! (*Se sientan.*)

GUI. Hace dos meses, como decía, que a causa de un pequeño disgusto se han interrumpido nuestras relaciones familiares, no sólo las de usted con su hijo, sino también las de mi mujer con su marido.

RIC. ¡Oh, qué simpática mi hermanita! ¡Así son las mujeres cuando se casan: regañan con sus maridos hasta cuando se casan otros.

ALIC. Mamá, dile a lord Guillermo que le diga a ese señor que no tiene por qué meterse en mi matrimonio, que nadie debe meterse en el matrimonio de los demás.

AGAT. Muy bien dicho. Repítaselo usted, lord Guillermo.

GUI. Que te calles.

RIC. ¡¡Bueno!! Esto es una conferencia familiar con estaciones transmisoras.

GUI. Abreviemos. Las relaciones familiares son las más delicadas.

AGAT. En efecto. Por eso se rompen con tanta facilidad.

GUI. Nosotros estamos aquí para defender a una mujer.

AGAT. Muy caballeresco. La misión de los hombres es defender a las mujeres.

RIC. Y la de las mujeres, atacarse unas a otras. (*Apretándose las manos.*) Está bien dicho, Ricardo. ¡¡Hurra!!

AGAT. ¡Oh! Si dice otra vez «hurra» no tendré más remedio que retirarme.

ALIC. Y yo.

GUI. Que te calles. Que se va a acabar la conferencia con un hurra.

RIC. Pues, generalmente, como se acaban todas.

GUI. Pues bien, señora. Supongo que hoy acabará nuestra hostilidad. Aquella salvaje que nos trajo Ricardo es casi una señora... Dos meses de amor han bastado para realizar el milagro.

RIC. Dos meses de amor bastan para cualquier cosa.

AGAT. ¿Y qúién la educó? ¿El amor?

RIC. El amor y míster Cook-Cook, profesor de etiquetas sociales.

AGAT. ¡Oh, qué gran desgracia para míster Cook-Cook! A estas horas Inglaterra ha perdido su hombre mejor edúcado.

RIC. De ningún modo. Inglaterra no perdió su profesor: ganó su discípula.

AGAT. ¡Oh, no! Lo bueno nace, solamente lo malo se hace.

RIC. ¡No importa! No lo crean ustedes, Esta noche lo verán.

ALIC. ¿Esta noche?

AGAT. ¿Qué?

GUI. Sí, señora. Hemos invitado a los íntimos

para presentar en sociedad a una nueva dama: lady Arisca.

ALIC. ¡Oh, qué horror! *(Levantándose.)*

AGAT. *(Idem.)* ¡Qué espanto! Mañana toda Europa reirá de nosotros!

RIC. ¡Señora! ¡Europa tiene algo más que hacer que reirse de usted!

AGAT. ¡Oh, qué palabras para su madre! Dice que no doy risa.

ALIC. ¡Será un escándalo! *(Furioso.)*

RIC. ¡Será un triunfo!

ALIC. ¡No lo creo!

RIC. ¡No lo creáis. Yo no sé por qué son los más nuestros los que menos nos creen, los que más dudan de nosotros! Cuando por nuestros triunfos nos felicita la familia y los amigos, ¡ah!, entonces podemos estar tranquilos, porque entonces, entonces sí que hemos triunfado de veras. ¡El mayor triunfo nuestro es que los más nuestros crean en él.

AGAT. Vámonos, hija mía, porque esto se pone mal.

ALIC, No, mamá, no tengas miedo. Dile que ese amor no debe ser.

RIC. ¿Y eso por qué no me lo dices tú? ¿Qué etiqueta hay que tener con un hermano? ¡Cómo sois! La forma es lo esencial, el detalle, y el fondo para vosotras no vale nada. ¿Qué importa un mal corazón si palpita debajo del traje de una buena modista? Perdonáis a una mala persona, perdonáis una mala acción, ¡ah!, pero no perdonáis una mala palabra! Pues bien, un instante nada más hablemos sin etiqueta... de hombres a mujeres, de madre a hijo, de hermano a hermana... ¿Qué? ¿Qué? ¿Quéreis? Si la hubiera abandonado, seguiría amándola; si

estuviera muerta, seguiría amándola; si estuviera casado con otra...

ALIC. ¡¡No!!

RIC. Seguiría amándola, seguiría amándola! ¡Y si un día ella me engañase y me robase el corazón, mi corazón le gritaría: ¡cuidado!, ¿te has hecho daño, amor mío? No me toques, que tengo espinas... ¡Yo iré solo!,..

AGAT. ¡¡Ricardo!!

RIC. ¡Madre mía! En estos dos meses en que no te he visto, no oías cuántas veces en el silencio de las almas te llamaba tu hijo? Después de una ausencia de ocho años no nos vimos más que un día. Y yo sabía que el hijo estaba separado de la madre sólo por unos tabiques, por unos modales finos o por unas palabras correctas... Y sentia deseos de atropellarlo todo y caer en los brazos de mi madre, pero me detenía el temor de que no te pareciera bien la fuerza de mi abrazo. Y esperaba que oyeras al corazón de lejos, porque entonces como ahora te llamaba tu hijo, te llamaba tu hijo...

AGAT. (*Conmovída.*) ¡Hijo mío!... ¿Qué?

RIC. ¡Ah, por fin! (*Llorando.*) ¡Hurra, hurra,

AGAT. (*Retirándose.*) ¡Oh, oh, oh!... Vámonos, Alicia.

ALIC. (Ha dicho que aunque estuviera casado.)

AGAT. Beso a usted la mano, lord Guillermo.

GUI. A sus pies, lady Agata. (*Mutis.*)

RIC. ¡Claro! ¿Cómo me va a oír mi madre si aun estando tan cerca está tan lejos de mí?

GUI. Calma, calma. Las cosas se arreglarán.

JACK Oh, es lo que se dice al final de casi todas las conferencias. (*Anunciando.*) Míster-Coock-Coock, profesor de etiquetas sociales.

GUI. Avise a Lady Arisca.

(*Entra mister Coock-Coock y Jack cruza la escena.*)

COOCK (*Gran reverencia.*) ¡Oh, muy buenas noches! ¿Cómo está usted, lord Guillermo? (*Reverencia.*) ¿Y la salud? ¿Y la familia? Lo pregunto junto porque generalmente dependen la una de la otra. ¿Y usted, sir Ricardo? (*Reverencia.*)

GUI. Mi querido Coock, lo pregunta pero no espera la respuesta.

COOCK ¡Oh, lo interesante no es más que preguntar. (*A Ricardo.*) ¿Y la salud? ¿Y la familia? No me conteste usted, sir Ricardo. ¿Para qué me va usted a contestar, si yo demasiado lo sé? Mis respetos a lady Agata y a lady Alicia. Claro que no se los darán porque no las ven. ¡Ah, y mis felicitaciones a lady Alicia por ser el día de su santo!

GUI. ¿Cómo? ¿Es el santo de mi mujer? Es verdad, 14 de Julio. ¿Y usted cómo lo sabe?

COOCK ¡Oh, yo tengo apuntados todos los santos y todos los cumpleaños de Inglaterra. Todas las mañanas leo a quien tengo que felicitar, pero a las damas soy discreto y no las felicito en sus cumpleaños. Y bien, ¿y mi discípula?

RIC. Aquí está. Pasa. Dice que no se atreve, porque viene con kimono.

COOCK No importa. Hay que dar la última lección.

RIC. Que no importa. Pasa.

ARIS. (*Entrando, cogiéndose el kimono para no arrastrarlo.*) Muy buenas noches, mister Cuco.

COOCK ¡Oh! ¡Coock-Coock! ¡Coock-Coock! Ya sabe lo que le he dicho.

ARIS. Sí. Sobre todo pronunciación correcta. ¿Y la salud? ¿Y la familia?...

COOCK Bueno, ¿pero por qué pone esa cara de su-

frimiento? Al hablar con los demás hay que poner cara sonriente, aunque se pregunte por la familia. A ver, sonriase.

ARIS. ¡Ejé!

COOCK ¡Oh, para sonreír no hay que sacar la lengua!

ARIS, Si es que no puedo, Ricardo. Es muy difícil sonreír con zapatos.

RIC. ¿Qué te pasa?

ARIS. Que me aprietan los pieses.

COOCK ¡Oh, pies, pies! Se dice pies.

ARIS. ¡Usted qué sabe! Si me aprietan los dos.

COOCK No importa, se dice pies.

ARIS. Bueno, pues me aprieta este pies y este pies.

COOCK ¡Oh, qué testaruda! Le da las vueltas para salirse con la suya.

RIC. Resiste, amor mío. Por el dolor de un instante triunfaremos.

(*Jack cruza la escena.*)

COOCK Vamos a la última lección.

GUI. Dentro de breves instantes serás presentada en sociedad.

ARIS. ¡Ay! ¡Ay, qué nerviosa me pongo! ¡Qué nerviosa! ¡¡Qué nerviosa!!

RIC. ¡Calma, calma!

ARIS. Si es que es muy difícil, Ricardo. (*Gritando.*) Es más difícil andar por estos salones, que andar por mis montañas; es más difícil triunfar de los hombres que triunfar de los lobos, porque aquí tengo que saber hablar, y allí con un grito me basta.

COOCK ¡Oh, gritar, no! Lo correcto es hablar bajo.

ARIS. (*Muy bajito.*) Si es que estoy muy nerviosa, muy nerviosa...

COOCK Calma. Usted triunfará. Vamos a repasar ahora los modales. Por ejemplo, para andar. ¿Usted sabe andar?

ARIS. ¡Sí, señor, como usted quiera! ¡Hasta de a cuatro patas!

COOCK ¡Oh, no! No hacen falta tantas. El andar tiene su arte. (*Andando.*) Hay que andar apenas apoyando los pies en el suelo, suavemente, como si hubiera una alfombra de rosas que no quisiéramos deshojar.

ARIS. (*Mirando al suelo.*) ¡Uuy!

COOCK A ver.

ARIS. Eso de las rosas es muy difícil.

COOCK No importa, como lo he hecho yo.

ARIS. ¡Bueno! (*Se recoge el kimono y anda de puntillas.*)

TODOS ¡¡Oh!!

ARIS. ¿Qué? ¿He deshojado alguna?

COOCK No, no. Mejor es que no haya rosas.

ARIS. Lo he hecho muy mal, ¿verdad? (*Pataleando.*) Sí, sí, sí, sí... ¡Lo hecho muy mal!

RIC. ¡Calma; ve a vestirte y sea lo que Dios quiera!

GUI. Sobre todo, no hables mucho.

COOCK Yo le he enseñado algunas frases de memoria para que las tenga de repertorio.

ARIS. (*Con sonsonete.*) Nada hay tan peligroso como una mujer bella y un hombre inteligente. A veces es mejor escuchar. Es oficio de hombres pequeños buscar los defectos de los hombres grandes.»

RIC. ¡Basta, basta!

ARIS. Sí, Ricardo. Ya las soltare de cuando en cuando.

RIC. ¡Oh, qué pena! ¡Qué pena, Dios mío!

ARIS. ¿Qué? ¿Por qué sientes pena, Ricardo? ¿Porque no soy igual a ti? ¿Es que a ti también te duele que sea una salvaje? ¡Ah, no, no! (*Gritando.*) Triunfaré, porque ahora sí, ahora sí tengo interés de triunfar! ¡Ay. los zapatos! (*Se los quita.*)

RIC. ¡Amor mío!

ARIS. (*Llorando, con un zapato en cada mano.*)

¡Te quiero, te quiero, Ricardo! ¡Si mi amor, si mi gran amor no sirve para elevarme hasta ti, entonces quítame el amor, que no me sirve para nada? Te quiero mucho, mucho, mucho... ¡¡Ay!! (*Le da dos besos.*)

RIC. ¡Triunfarás! ¡Los salones serán tu montaña!

ARIS. (*En mitad de escena, gritando, con los zapatos en alto.*) ¡¡Sí!! ¡Ahora a vestirme! ¡La salvaje será una dama y triunfará la fierecilla domada por el amor! ¡Mis doncellas a vestirme! Rosalía, María, Aurora, Clementina... ¡Todas! ¡Todas! ¡A vestirme! ¡A vestirme! (*Mutis.*)

(*Se oyen unas voces acaloradas.*)

GUI. ¿Qué pasa?

WILL (*Entrando.*) Buenas noches.

GUI. ¿Qué tal, mi querido Ernesto? Dos meses que no le vemos. ¿Y qué eran esas voces?

WILL Una pequeña discusión con Jack, que está muy mal educado.

GUI. ¡Oh, lo llamaré inmediatamente.

WILL No se moleste No es nada; en estos dos meses estuve fuera de Inglaterra y mañana mismo vuelvo a París. He aprovechado esta noche para resolver nuestro negocio de la fábrica.

GUI. Encantado. (*Presentando.*) Mi cuñado sir Ricardo. Sir Ernesto William. (*Se saludan.*)

WILL ¿Qué tal, mister Coock-Coock?

COOCK A sus órdenes. ¿Y la salud? ¿Y la familia?

GUI. Esta noche precisamente vamos a recibir un grupo de íntimos. Quédese y en cuanto se vayan, trataremos del negocio.

WILL. Muy bien. ¿Y lady Alicia? Hoy es su santo.

GUI. En efecto: ¿Me quieres hacer un favor, Ricardo? La capa que hoy hemos comprado para tu esposa, que se la suban a Alicia de nuestra parte y mañana compramos otra.

Para que no se entere que nos hemos olvidado de ella.

RIC. En seguida. Con permiso. *(Mutis.)*

JACK *(Anunciando.)* Mis Red.

RED. Buenas noches, lord Guillermo. Vengo intrigada, me han dicho que nos iban a presentar a una mujer admirable. Me encantan los hombres feos y las mujeres admirables.

COOCK ¡Oh, mi querida mis Red!

RED. Encantada de estar a su lado.

COOCK ¿Y la salud? ¿Y la familia?

JACK *(Idem.)* Lord Wills, Lady Wills.

LADY W. No te separes en toda la noche ni un momento de mí.

LORD W. Sí.

GUI Amiga mía...

LADY W. Dice mi marido que ha tenido una gran alegría al recibir su invitación. ¿Verdad que dices eso?

LORD W. Sí.

GUI. Su marido es muy amable.

LADY W. Muchas gracias. Es que las reuniones de íntimos, como dice mi marido, son las más agradables de Inglaterra. ¿Verdad que dices eso?

LORD W. Sí. Y hasta yo diría que del mundo.

LADY W. Tú te callas.

RED. Ahí está lady Wills, que habla siempre por boca de su marido, que no dice nada. Es una mujer horrorosamente fea y horrorosamente antipática.

LADY W. ¡Oh, ahí está mis Red! Cuidado con acercarte a ella. No hay en Londres una mujer tan perversa.

RED. ¡Querida amiga mía! ¡Tanto tiempo sin verla, con lo que yo la quiero!

LADY W. ¡Oh, mis Red! ¡Qué buena es usted! *(Se besan amorosamente.)*

JACK	Sir Arturo Blacke.
ART.	¿Llego tarde? ¿Llego tarde? ¿Llego tarde? ¡Ah, no, no, no!... No llego tarde.
GUI.	Pero Arturo, ¿cómo no has traído a tu esposa? ¡Lady Wills, ha traído a su marido!
ART.	Oh, mi esposa. Es una criatura ideal: la traerá algún amigo. A mí me gusta llegar temprano, a ella le gusta llegar tarde. Que delicia, nos gusta siempre lo contrario. He aquí el verdadero matrimonio. Matrimonios a la viceversa.
RED.	Que simpático es sir Arturo. Me encanta su tonteria.
LADY W.	Está casado. Además, está enamorado de su mujer.
RED.	¿Y quién es su mujer?
LADY W.	Su esposa.
RED.	¡Oh, qué casualidad! (*Yendo a él.*) ¡Sir Arturo!
LADY W.	¡Jhon! ¡Jhon! (*Llamando.*) Ven acá.
JACK	Lady Canterbure. Lord Canter bure.
LADY C.	Buenas noches, lord Guillermo. ¡Oh, mister Coock, Coock! ¿Cómo está usted?
COOCK	(*Reverencia.*) Señora...
LADY C.	Oh, es a mí a la única persona a quien no pregunta usted por la salud. Pues ahora mismo le voy a contar toda mi enfermedad. Hace veinte años que la sufro, casi, casi, desde que nací.
LADY W.	Dice casi, casi, porque un casi le parece poco.
LADY C.	Voy a contársela detalladamente. Pero no se asuste usted. El sufrimiento es toda una vida, basta para contarlo con toda una noche. Siéntese, que vamos a empezar. (*Se sientan.*)
LADY W.	Con razón mister Coock, Coock, había he-

cho exeepción en su regla. (*A su marido.*) ¿Decías algo?

LORD W. No.

LADY W. Oh, eres verdaderamente insoportable. Tú nunca dices nada.

GUI. Muchas gracias. Lord Canterbure. Es usted uno de nuestros más sutiles políticos.

LORD C. Oh, no hablemos de política, porque la política es el arte de hablar, y me parece una redundancia.

GUI. Le vimos anoche en el teatro. Qué admirable la última obra de Peter Gray. Sobre todo, ese primer acto.

LORD C. Oh, qué primer acto, es maravilloso, lo demás es flojo. Buenas noches, sir Arturo. ¿Qué te ha parecido la última obra de Peter Gray?

ART. Admirable. Pero lo interesante es el segundo acto.

LORD C. De acuerdo. Realmente, el segundo acto es lo mejor.

WiLL. ¿Cómo está usted, lord Canterbure?

LORD C. ¡Oh, mi querido Ernesto! Hace mucho tiempo que no le veo. Me dijeron que estaba usted anoche en el estreno. Pero no le vi.

WiLL. Tuve que saludar a Peter Gray. ¡Qué magnífico ese tercer acto!

LORD C. ¡Oh, ese tercer acto es lo mejor, lo mejor! Si no fuera por la solución, ¿qué sería de la obra?

LADY W. Que simpático lord Canterbure. Siempre está de acuerdo con todo el mundo.

LORD W. Lo interesante sería saber si alguna vez está de acuerdo consigo mismo.

LADY W. Mira, para decir tonterías, más vale que te calles.

JACK Sir Peter Gray.

TODOS (*Un murmullo.*) ¡Oh!...

LADY C. ¡Oh, qué lástima! Con la entrada de Peter Gray, no voy a poder continuar la historia de mi enfermedad, precisamente cuando estábamos en la crisis. Pero vaya usted mañana a casa a las cinco, que tomaremos el te y entraremos en la convalecencia,

COOCK Encantado, lady Canterbure.

LADY C. No vaya usted a faltar. Hay mucha gente que me ha dejado en la crisis. *(Entra Peter Gray. Se hace un silencio.)*

PETER *(Con una leve inclinación y en voz baja, melodramática.)* Lord Gillermo... señora... señores... Muy buenas noches.

LADY W. ¡Oh, qué bien lo ha dicho! Aprende, esposo mío, a hablar bien.

GUI. Es para nosotros un honor recibir al ilustre dramaturgo Peter Gray, consagrado como un talento superior.

PETER Muchas gracias, lord Guillermo. Pero las superioridades humanas están hechas a base de la inferioridad de los que creen en ellas. *(Respira.)*

TODOS ¡Oh!

LADY W. Apunta sin que te vean. Cuando tú digas eso...

LORD W. Pero si yo...

LADY W. Tú te callas.

LADY C. Yo no he entendido una palabra.

COOCK ¡Ah, señora! Si lo entendiéramos, seríamos tan superiores como él.

LORD C. La obra de anoche es admirable. Todos hemos coincidido en que los tres actos están a la misma altura.

PETER ¡Oh, no me hablen de eso! No hay mayor enemigo del hombre, que sus propias obras; si son malas, por no haberlas hecho bien, y si son buenas, por no poder hacerlas mejores. *(Respira.)*

TODOS — ¡Oh!

(Lord Vill apunta.)

LADY C. — ¡Oh, qué frases tan admirables!

COOCK — La primera fué un estreno, pero la segunda es de repertorio.

ALIC. — *(Entrando con una magnífica capa.)* Buenas noches, queridos amigos. ¿Qué tal lady Canterbure?

LADY C. — Encantada.

RED. — ¿Tiene usted frío, Alicia?

ALIC. — Si, estoy helada. Me acaban de regalar esta capa.

LADY C. — Qué frío más oportuno.

COOCK — Ah, señora. El frío es necesario para las capas.

WILL. — ¿Cómo está usted, lady Alicia?

ALIC. — ¡Oh, usted! ¡Usted en mi casa! Bien y usted, sir William.

WILL. — *(Bajo.)* Vengo a despedirme. Parto mañana para París.

ALIC. — ¡Ojalá no le vuelva a ver!

WILL. — En la vida; yo se lo prometo. Pero antes tengo que hablarla.

ALIC. — En mi casa no puede ser, pueden vernos.

WILL. — ¡Pues en la mía!

ALIC. — Está usted loco. ¡Nunca! ¡Nunca!

WILL. — Esta noche. John Street, 33.

ALIC. — Es usted un infame.

WILL. — *(Alto.)* Oh, lady Alicia; me juzga usted demasiado bien...

ALIC. — *(Idem.)* De ningún modo. Es la pura verdad. No son cumplimientos, amigo mío... *(Se inclinan levemente y se separan.)*

JACK — La señora está vestida.

GUI. — Un instante, señores. Voy a tener el gusto de presentarle a la esposa de sir Ricardo que todavía no ha sido presentada en Inglaterra.

RED. Muy bien.

(*Las señoras se agrupan detrás y los hombres en primer término.*)

TODOS Encantados.

GUI. Anúnciala, Jack. Aunque es de la familia es la primera vez que la recibimos en nuestros salones.

JACK (*Anunciando.*) Lady Arisca.

(*Un silencio. Entra Arisca, soberanamente bella y vestida con un espléndido traje de noche. Detrás Ricardo. Hay un murmullo.*)

TODOS Oh...

ART. ¡Qué mujer!

LADY C. ¡Extraordinariamente bella!

PETER. ¡Y qué gentileza en la figura!

LADY W. Va admirablemente vestida.

RED. Es un magnífico traje de noche.

LADY C. De la mejor modista de Londres...

ART. Preséntame, preséntame.

GUI. Con mucho gusto. Lady Arisca. Sir Arturo Blacke, uno de nuestros íntimos.

ART. Señora... Es para mí un gran placer saludar a la mujer más bella de Inglaterra...

ARIS. ¡Ooooh! Nada hay tan peligroso como una mujer bella (*Mirándole.*) y un hombre inteligente.

ART. ¡Oh, cómo me ha conocido!

RIC. ¡Dios mío, ya soltó una frase!

LORD C. ¿Qué tal, qué tal?

ART. ¡Ah, querido! ¡Tiene una conversación admirable!

LORD C. Oh, pues lucharemos a ver quien habla mejor. Presenteme, lord Guillermo.

GUI. Lady Arisca, lord Canterbure, uno de nuestros más sutiles políticos y artistas del lenguaje.

LORD C. Señora. Me han dicho que habla usted con

gran belleza; si esto es cierto, yo no sé cómo admirar tanta belleza junta.

ARIS. ¡Ooooh! A veces es preferible escuchar.

LORD C. Oh, de qué manera tan fina me ha dicho que quien habla bien soy yo.

RIC. *(Temblando.)* Van dos.

PETER. ¿Qué tal, qué tal?

LORD C. ¡Ah, querido! Es una mujer que de todo se da cuenta.

PETER. Presénteme, preséntEme.

GUI. Lady Arisca... Sir Peter Gray, ilustre dramaturgo que ha sido muy atacado por sus enemigos.

PETER. Señora... Es verdad que lo fuí, pero nunca supe responder ante la infamia... ¿qué iba yo a contestarles?

ARIS. ¡Ooooh!... Que es oficio de hombres pequeños buscar los defeetos de los hombres grandes.

TODOS *(Un murmullo.)* Oh...

PETER. Muchas gracias. (Me ha llamado grande, pero me ha dado una lección.)

RIC. Y van tres. Cállate, ya no hables más en toda la noche.

LORD W. ¿Qué tal, qué tal?

PETER. Es una mujer muy antipática, aunque dice cosas que son verdad.

LADY W. ¡Qué mujer!

(Unos y otros, cuchicheando.)

RED. Es extraordinaria.

LADY C. Ha vencido a Peter Gnay.

COOCK Mañana lo sabrá todo Londres.

WILL. ¡Bah! Se empleará el teléfono, el telégrafo, la radiotelefonía?

COOCK No. Se emplearán otros tres medios de difusión...

WILL. ¿Cuáles?

COOCK Esas tres señoras que hay detrás.

RIC. ¡Gracias, Dios mio! Ya no hables, ya no hables...

ALIC. ¿Pero qué es esto?

GUI. Y ahora amigos míos, seguidnos a la terrasa, donde haremos un poco de música. El brazo, lady Arisca.

ARIS. Ay, usted es mi padre, Guillermo. ¡Qué beso le pegaba ahora.

GUI. Silencio. Hay que pasar delante de todos. ¡Muy digna! ¡Muy digna!

ARIS. Ay, ¿pero cómo sería tan señora sin saberlo?

GUI. Vamos. Muy digna.

ARIS. Ooooh... Ooooh...

(Todos abren paso. Mutis.)

ART. ¡Qué mujer!

LORD C. Es extraordinariamente bella.

PETER. ¡Y qué gentileza en la figura!

LORD W. A mí no me han presentado... A mí, a mí...

RIC. ¡Gracias, Dios mío!

COOK. ¡Oh, cuánto vale Cook-Cook!

(Mutis todos los hombres agrupados.)

LADY W. ¡John! ¡John! ¡Ay que se me va mi marido!

LADY C. Y el mío.

RED. Y todos los hombres detrás.

LADY W. Esa mujer debe ser peligrosísima.

RED. Yo la odio de todo corazón.

LADY C. Y yo.

LADY W. Y yo.

RED. Vamos, amigas mías.

LORD W. ¡John! ¡John! *(Mutis.)*

ALIC. ¿Pero Dios mío, pero qué es esto?

JACK *(En el foro.)* ¡Oh, bastaron tres frases para que triunfara el amor! Todos los hombres la admiran. Todas las mujeres la odian. Oh, esto sí que es triunfo!

AGAT, *(Entrando.)* ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? *(Asustadísima.)* ¡Oh, Dios mío! No hay nadie,

han huído todos... Se ha producido el escándalo.

ALC. No. ¡No mamá! Ven mira; ves esa mujer que triunfa, admirablemente vestida, rodeada de todos? Pues es lady Arisca, esposa .de tu hijo Ricardo.

AGAT. ¡Oh, Dios mío! ¿Pero cómo; es posible? Sí, es ella... ¡Oh, lady Arisca! Déjame, déjame... Si es mi hija..: ¡Hija de mi alma! (*Mutis.*)

JACK Oh, yo siento una gran tristeza dentro de mí. Inglaterra se parece mucho a los demás países.

(*Se oye la música. Alicia se echa a llorar.*)

JACK Señora...

LAIC. Vete, Jack. Quiero estar sola.

JACK Oh, las mujeres todas son lo mismo, mientras no se demuestre lo contrario. (*Mutis. Se oye la música y los sollozos de Alicia.*)

ALIC. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Pero es que el amor lo puede todo?

WILL. (*Entrando.*) Todo, lady Alicia.

ALIC. ¡Usted! No, no, márchese.

WILL. Necesito hablarla.

ALIC. Pueden entrar.

WILL. En mi casa...

ALIC. No...

WILL. Oigame usted, Alicia... Yo necesito decirle el gran secreto de mi vida: un secreto de amor que muere porque no triunfa. Mañana no nos volveremos a ver más... Nunca... Pero esta noche, sí; esta noche..., sí.

ALIC. Cállese, cállese. Y esa música...

WILL. Esa música es el triunfo de ella. Y hoy, que es el día de su santo, está usted sola y nadie se acuerda de usted... Sólo el amor, que viene para ser rechazado.

ALIC. Mentira... Mi marido se acordó de mí...

WILL. No es cierto... Esa capa fué comprada para

ella... Su marido no sabía que era su santo hasta que yo se lo advertí.

ALIC. ¡Mentira!

WILL. Se lo juro por mi honor de caballero.

ALIC. ¡Oh! (*Deja caer la capa.*)

WILL. ¡Alicia!

ALIC. No, no... Márchese usted, márchese usted.

WILL. Pues bien, me voy. Tenía que quedarme para hablar de negocios; pero me voy. Pero antes oígame por última vez, lady Alicia. Yo no quería más que hablarla, contarle el secreto de mi vida sin el temor de que pudieran escucharnos. Su marido no se enterará. Si en dos meses no la ha visto, ¿por qué va a subir a verla en dos horas?... Pero no insisto, me voy. Reflexione usted; ahí tiene el teléfono. Quince minutos tarda el «auto» desde aquí a mi casa. Si al llegar no ha recibido mi criado un aviso suyo, es que no nos volveremos a ver nunca. Hasta luego o hasta nunca. Buenas noches, lady Alicia. (*Mutis. La música se hace más fuerte. Alicia se retuerce las manos desesperadamente.*)

ALIC. (*De repente.*) ¡Sir William! ¡Sir William! Se ha ido... (*Mira al teléfono.*) Si no me ha buscado en dos meses, ¿por qué me va a buscar en dos horas? (*Coge la guía, febril; en el fondo aparece Arisca, que la observa extrañada.*) William..., Ernesto. (*Descuelga el teléfono, y leyendo en la guía.*) Louth Ingland, 1... 3... 8... 4... Rápido. Sí. Buenas noches. Dígale a sir Ernesto que voy en seguida. Nada más. (*Corta.*) No, no, esta capa, no... (*Al salir.*) ¡Dios mío! Si se entera mi marido. (*Mutis.*)

ARIS. ¿Qué? ¿Qué dice esa mujer? ¿Engañar a Guillermo? ¿Al que me defendió a mí? ¡Ah,

no, no, no! ¿Y dónde se fué? ¿A su casa? ¿Pero dónde vive? (*Mira la guía y la tira al suelo furiosa.*) ¡Ah, si yo no entiendo esto! (*Llamando.*) ¡Jack!

JACK Señora...

ARIS. (*Cogiéndole de la solapa.*) Ven acá... Ven acá... Ven acá... (*Cogiéndole de las dos.*) Mira, Jack, yo te quiero mucho..., mucho... Me vas a decir ahora mismo dónde vive sir Ernesto. Es para salvar a tu amo.

JACK ¿Sir Ernesto? John Street, 33.

ARIS. Gracias. Ay, te quiero mucho. Y ahora, cuando pregunten por mí, les vas a decir que me he acostado, que me ha subido un dolor muy grande por la cabeza.

JACK ¿Pero qué va a hacer la señora?

ARIS. Silencio. Y, ahora el campo libre, al triunfo del bien. Triunfé en los salones que fueron mis montañas; pues ahora cogeré las montañas, y, las llevaré a los corazones, para triunfar en ellos también.

JACK ¡Oh, mover las montañas! ¡Qué incorrecto es el amor!

ARIS. Adios, Jack.

JACK Oh, la mano.

ARIS. Sí. Es la mano de la dama salvaje. Buenas noches, amigo mío. (*Le besa la mano.*)

JACK Oh..., buenas noches. ¡Jack, en esta mano... te ha dado un beso una dama! (*La mira temblando. Mutis de Arisca. La música se hace más fuerte.*)

TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

John Street, 33. Pequeño gabinete de soltero en casa de Ernesto Willirms. Puertas derecha e izquierda. Puerta a la escalera en foro izquierda, y en foro derecha, un gran ventanal con mesita de te, teléfono, almohadones, etc. La luz será apagada. Sólo junto al ventanal, una lámpara de pie, encendida, con pantalla roja. Junto a ella, en una butaca. duerme TOM. Por la ventana se ven las luces de Londres. Al levantarse el telón suena el timbre del teléfono.

TOM. Ya voy, ya voy, ya voy... Esto es horroroso; no le dejan a uno dormir. (*Descuelga el teléfono.*) Hola... Sí.,South Ingland 1... 3... 8... 4... Sí ¿Cómo? ¿Buenas noches? Ah, muy buenas. ¿Qué? ¿Nada más? Chist... chist.. Oiga, oiga. ¿De parte de quién? Conteste. (*Colgando.*) Han cortado. ¡Bueno! Pues sí que el avisito es misterioso. «Dígale al señor que iré en seguida. Nada más.» ¿Y quién va a venir? ¿Y cómo lo voy a decir al señor, si no está? ¡Ay, ay, ay!... yo no sé por qué me da el corazón que esta noche no me van a dejar dormir... En fin; como todas. Yo ya no sé qué voy a hacer para regular mi sueño. En casa de los solteros se duerme poco, pero en la de los casados se duerme demasiado. ¿Señor! Solteros o casados, y no hay más. Parece mentira que en nuestros tiempos no se haya inventado otro estado más perfecto. Y a dormir, Tom,

que ya has dicho una tontería. Como los grandes hombres, puedes dormirte tranquilo. (*Se oye el timbre en la puerta. Levantándose. Va abrir muy despacio.*)

WILL. (*Entrando, furioso.*) ¿Qué hacías que no abrías? En mi vida he visio un criado más torpe. Cinco minutos he tardado yo desde Hyde Park hasta aquí, y tú dos horas en abrirme.

TOM. Yo, señor...

WILL. ¡Calla! (*Yendo al teléfono.*) ¿Has recibido algún aviso telefónico?

TOM. Sí, señor, varios durante el día.

WILL. ¡Eres un torpe! Quiero decirte en los últimos cinco minutos.

TOM. Sí, señor. En los últimos cinco minutos he recibido, por desgracia, cuatro avisos. Tengo el sentimiento de decirle al señor que no he podido dormir nada.

WILL. ¿Y a mí, qué me importa? Dímelos rápido, rápido...

TOM. El primero de Sir John Master.,.

WILL. Sigue.

TOM. El segundo, de Miss Elena...

WILL. Sigue.

TOM. El tercero, de la Compañía Industrial.

WILL. ¿Y el último, el último?

TOM. ¡Ah! El último no sé de quién. Dijo solamente: «Buenas noches. Dígale al señor que voy en seguida. Nada más.» Nada más también lo dijo.

WILL. ¡Bravo! ¡Bravo, Tom! ¡Eres un criado admirable! Viene, viene... (*Quitándose el abrigo.*) Enciende la luz. No, no, no la enciendas. Se está así más recogido, más...

TOM. Sí, mucho más, mucho más.,.

WILL. ¡Por fin! Era lo más imposible que había en vida! Por eso era lo que más deseaba. Per-

seguimos lo imposible hasta que lo alcanzamos...

TOM. (O hasta que nos damos en las narices.)

WILL. (*Sirviéndose whisky.*) ¡Mujeres! Sois para amaros u odiaros en muchos cuerpos diferen tes. (*Con la copa en alto.*) Mujeres, mujeres.

TOM. (Ay, Dios mío, se emborracha.)

WILL. (*Levantándosé, junto a la ventana.*) Ultima noche de Londres, yo te brindo la última copa. Por los millones de luces que tiemblan bajo mi mirada, en el temblar de cada luz, un alma y en cada una un dolor, una alegría o una esperanza. ¡Ultima noche de Londres! Por los millones de luces que tiemblan, bajo el cielo de una misma ciudad! (*Bebe.*)

TOM. ¡Huy, huy, huy!... ¡Cómo empieza la noche!

WILL. Y ahora acompáñame al comedor. Buscaremos dulces, vinos, y flores. Esta noche tu amo te ayuda a poner la mesa. (*Mutis.*)

TOM. ¿Dulces, vinos y flores? Esto empieza demasiado bien. Ya veremos cómo acaba. No sé por qué me da el corazón que no me van a dejar dormir. (*Inicia el mutis arrastrando los pies. Se oye el timbre, muy débil.*) ¿Qué? Han llamado. (*Abre.*)

ALIC. (*Sin entrar.*) Buenas noches. ¿Vive aquí Sir Ernesto?

TOM. (*Socarrón.*) Sí, señora, sí.,. Sí vive. Pase usted.

ALIC. Sí. Encienda la luz.

TOM. En seguida, señora. (*Enciende.*) Ya está. (*Se queda mirándola con ojos de malicia.*)

ALIC. Avísele pronto. Ya sabe quién soy.

TOM. Je... je... (*Guiñando un ojo.*) La del teléfono.

ALIC. ¡Oh!

TOM. — No, no, no le de a usted reparo... Si ya estamos acostumbrados.

ALIC. — ¡Oh, vaya, vaya usted!...

TOM. — En seguida... je..., je... Y está bien, ¿eh? Vamos, que... si está bien!.. (*Mutis.*)

ALIC. — ¡Oh, qué vergüenza! ¡Que repugnante, qué innoble es esto! ¿Para qué he venido? Si pudiera irme antes de que me viera... Todavía es tiempo... Todavía puedo salvarlo todo... ¿Para qué he venido? Sí... Sí... ¡Si! (*Corre hacia la puerta, pero se oye un timbre muy fuerte: asustada.*) ¡¡Ah!!

TOM. — (*Entrando*) ¿Llamaba la señora?

ALIC. — No. Es en la escalera.

TOM. — ¿Otra vez? Voy a ver.

ALIC. — No; espere, espere... ¿No podría yo salir por otro lado, sin que me vieran?

TOM — Puerta no hay más que ésta. Como no quiera usted salir por la ventana...

ALIC. — ¡Oh!... ¿Quién es?

TOM — Una señora.

ALIC. — ¡Oh, que no me vea; sea quien sea, que no me vea nadie... No diga a nadie que he venido. Escóndame, para que no me vean.

TOM — Bueno, pase por aquí. (*Mutis de Alicia por izquierda.*) ¡Que no las vean! Entonces, ¿para qué vienen? No me van a dejar dormir... (*Abre.*)

ARIS. — (*Dándole un empujón y entrando hasta en medio de la escena.*) Buenas noches

TOM — (*Detrás.*) Señora, señora...

ARIS. — ¿No es ésta la casa del señor William?

TOM — Sí, señora.

ARIS. — (*Sentándose.*) Pues que salga inmediatamente. Y, la mujer que vino antes, que salga también.

TOM — Aquí no ha venido ninguna mujer.

ARIS. — (*Levantándose.*) ¿Cómo que no? Oiga usted,

a mí no me miente nadie. Como me mienta usted, le cojo la cabeza y se la meto por esos cristales.

TOM (*Retirándose.*) Señora, por Dios...

ARIS. (*Avanzando.*) ¿Usted no sabe quién soy yo?

TOM (*Retirándose más.*) No, señora... No tengo ese gusto.

ARIS. Venga, venga que se lo diga. Parezco una dama, pero soy una salvaje. Es decir, tengo mucho de las dos cosas. Pero lo que es más fácil para mí en la vida, es enredarme a puñetazos con el primero que llegue... Es un placer, ¿sabe usted? Y hace más de dos meses que no le pego a nadie... La naturaleza, ¿eh?... ¿Usted comprende?

TOM Sí, sí, señora. Comprendo, comprendo.

ARIS. Y ahora... ¿Me quiere usted decir si ha venido esa señora?

TOM Sí, sí, sí. Ya lo creo que ha venido. ¡No faltaba más!

ARIS. ¡Hombre! Pues lo siento. Porque ya me había hecho la ilusión...

TOM No, no. Pues ha venido. ¿Por qué iba a engañarla?

ARIS. (*Imitándola.*) ¡Ay!... ¿Por qué iba a engañarla? ¡Quítese usted, so tembleque! Un hombre mantiene las cosas que dice. Atrévase usted, ande, atrévase usted. ¡¡Eh!! ¡Le tiene miedo a una pobre mujer indefensa!

TOM Yo, señora... Estoy a las órdenes de la señora... Pase aquí la señora e iré a llamar...

ARIS. ¿Aquí? Bueno. Pero oiga usted, tembleque, espero dos minutos nada más. Y, si a los dos minutos no han venido, me meto por toda la casa, armo un escándalo, y a todos los que vengan les machaco las narices con estos tacones, que me hacen mucho daño.

Y nada más. Es que mire usted, con franqueza, hace más de dos meses que no hago ejercicio. Ya sabe usted quién soy yo. Con que dos minutos, ¿eh? Hale, hale. (*Mutís derecha.*)

TOM ¡Ay! ¡Ay, Dios mío! ¡Yo tengo la boca seca!

WILL. (*Entrando.*) ¿Qué pasa? ¿No ha venido una mujer?

TOM No.

WILL. ¿Cómo que no?

TOM No. Dos.

WILL. ¿Dos mujeres?

TOM Y una que vale por tres.

WILL. ¿Dónde están?

TOM Una, allí, y, las tres, aquí.

WILL. ¿Cómo las tres?

TOM La de la capa.

WILL. Ah, ya sé quién es... Vete, si te necesito, te llamaré.

TOM ¡Ay, Dios mío: Dios quiera que no me necesite! (*Mutis.*)

WILL. ¿Y quién será esta otra? (*Saliendo con Alicia.*) ¡Alicia! ¡Alicia! ¿Es usted?

ALIB. ¡Estoy muy asustada, sir William!

WILL. Entonces, aquélla, ¿quién es?

ARIS. (*En la puerta.*) Yo.

ALIC. (*Tapándose la cara.*) ¡Oh!

WILL. ¡Lady Arisca!

ARIS. Arisca, sólo. Como antes, como siempre. Sin más títulos ni historias. No me hace falta todo eso para defender lo mío.

WILL. ¿Defender lo suyo?

ARIS. Sí. Un día en mis montañas me atacaron los pastores, y, por primera vez en la vida, tuve que defenderme. Pero los vencí, y era Arisca, sólo. Déjese usted de ladies como antes. Tengo que vencer ahora como entonces.

WILL. ¿Vencer? No comprendo, señora. Pero ante todo, yo quisiera...

ARIS. Saber a qué he venido, ¿verdad? Pues muy sencillo: a dos cosas. Una, con ella, y otra, con usted. Empezaré por la de usted porque es la más corta.

WILL. Usted dirá.

ARIS. Diré ladrón y canalla.

WILL. ¡Señora!

ARIS. Sí, qué, ¿he dicho mal? ¿Me equivoco? Ayúdenme ustedes a hablar, porque hay veces que no conozco bien las palabras. Ladrón es el hombre que roba cualquier cosa a otro. Y el que le roba la mujer, ¿no es ladrón? ¿Es que la mujer vale menos que cualquier cosa? ¿O es que el ladrón es mejor por robar cosas mejores? No, no, no. ¡No discutamos! A los que roban así no se les llama ladrones; pues entonces, ¿qué menos puede llamárseles que canallas? Por eso dije ladrón y canalla. Para que no pudiera escaparse de una de las dos palabras.

WILL. ¡Señora! Si yo no mirara...

ARIS. No, no, silencio. Usted no tiene que mirar nada. Lo de usted no tiene importancia, y no vamos a discutirlo. Ahora vamos a lo de ella.

ALIC. ¿A mí? ¿Es que también me va a insultar a mí?

ARIS. No. A usted es decirle: Alicia, volvamos a nuestra casa, que es suya y mía, y aunque las dos seamos tan diferentes. El día que yo entré en ella, usted quiso echarme; ahora que es usted la que sale, soy yo precisamente quien la quiere hacer volver. Vuelva, vuelva, Alicia.

WILL. ¡Basta, basta! ¿Quién es usted para decirnos eso?

ARIS. Perdón. No es con usted, es con ella. Que me conteste ella.

WILL. Contéstele, Alicia.

ALIC. Sí. Tiene razón en todo lo que dice, todo lo que dice es verdad; solamente no tiene razón en una cosa: en que sea usted quien lo diga. Estos asuntos son míos. La honra que puede perderse es sólo mía. ¿Entonces... para qué habla usted?

ARIS. ¿Quiere usted saber para qué hablo? Para pagar el único bien que me hicieron en su casa. Cuando todos me echaban, su marido me defendió; y ahora tengo yo que defenderlo a él, y para defenderlo, hablo, y para defenderlo, he de salvarla a usted, aun en contra de usted misma.

ALIC. ¡Oh, basta! Usted tuvo la culpa del primer disgusto con mi marido. Por usted ha estado dos meses sin verme. Yo la odio.

ALIC. No importa, no importa. Aunque me odie, yo la salvo.

ALIC. Yo no lo acepto de usted. ¡Es usted una salvaje!

ARIS. Sí, sí, tiene razón. Salvaje para no saber hablar; salvaje para gritar mis sentimientos; salvaje para no saber tratar a la gente fina y educada. ¡Ah, pero no salvaje para engañar a mi marido! ¡Usted, en cambio; es una señora, y me dirá que entre las dos hay mucha diferencia! ¡Sí, sí, tiene razón; pero hay mucha más, mucha más de la que usted supone! Y con haber tanta, ¿cuál es la que gana de las dos?

ALIC. ¡Oh, sir William! ¡Defiéndame! Me está insultando en su casa.

WILL. ¡Señora, márchese usted!

ARIS. No, no. (*Llorando de repente.*) Yo no quiero ofenderla... Perdóneme; es que yo no sé

decir las cosas... Soy muy brusca... Pero si hace falta que me ponga de rodillas... (*Cayendo.*) Perdóneme, perdóneme... Yo soy la mujer mala, por haber entrado en una casa que no era la mía. Usted es la buena; pero no huya de la suya... (*Cogiéndola de rodillas.*) ¡Alicia!

ALIC. Oh, suéltele. ¡Quítela, William!

WILL. (*Queriendo quitarla.*) Señora...

ARIS. (*Furiosa.*) Quítese usted, quítese usted por que le pego. (*William se asusta.*) ¡Alicia! Volvamos... (*Cogiéndola por la cintura.*) Todavía es tiempo para salvarnos... Oigame, Alicia, que por salvarla he puesto mi vida en sus manos. Me encontrarán a mi también en casa de otro hombre; nos perderemos juntas o nos salvaremos juntas, porque somos en este instante una sola mujer, aun siendo tan diferentes la una da la otra.

ALIA. ¿Usted? ¡Usted, no! ¿Por qué?

ARIS. Porque en este instante he dejado la casa de mi marido. Y una mujer no puede nunca dejar la casa de su marido. Aunque él no la quiera, es su marido; aunque la olvide, es su marido; aunque la engañe, es su marido. Y ésto lo grita el corazón, que puede que no sea tan salvaje como la dama. Pero para decirlo, ni dama, ni salvaje, basta y sobra con ser mujer.

ALIC. Sí, sí... Vámonos.

ARIS. ¡Ah! ¡Por fin!

WILL. Alicia, Alicia, ¿qué dice usted?

ARIS. ¡Atrás! Ahora es mía, mía. Me la he ganado yo.

WILL. ¡Alicia! ¿Pero qué es ésto? ¡Dejarse dominar por esa mujer!

ARIS. Mire, cállese usted, cállese usted, porque

va a salir perdiendo. Esta mujer es mía, y como es mía, yo se la llevo a su marido. Ahora mismo.

ALIC. ¡Vamos, vamos!

WILL. ¡No!

ARIS. Paso, canalla, paso. Es mi segundo triunfo de esta noche. Pero el primero no vale nada, comparado con éste. Este es volver una mujer a su hogar y ganar un hogar, es ganarlo todo. Mujer, hogar, felicidad, vida... Fíjese usted, canalla, fíjese usted, si es poco.

WILL. ¡No! ¡No! ¡Alicia, Alicia!

ARIS. ¡Atrás! ¡Como usted se acerque, le saco los ojos! En este momento soy la Arisca de las montañas, y si allí supe triunfar de los pastores, aquí sabré triunfar del lobo. ¡Ellos eran muchos, y usted, es uno sólo! Aquí está la presa. ¡Ah! Ande, ande.

WILL. ¡Oh, basta! ¡Basta! ¡Alicia no saldrá de aquí mientras no lo pida ella!

ARIS. ¿Qué no? ¡No lo pida usted, no lo pida usted! Verá usted ahora. (*Va a pegarle.*)

ALIC. (*Deteniéndola.*) No, sir William, tiene razón. Soy yo la que debo pedirlo. Sir William, abra usted la puerta.

ARIS. Ay, qué lástima.

WILL. Está bien. Nunca pude pensar que una mujer así tuviera sobre usted tanta influencia. Pero cúmplanse sus deseos, lady Alicia. No nos volveremos a ver.

ARIS. Hale, hale. ¡Qué tanto hablar, canalla, qué tanto! Abra la puerta. (*Va a abrir. Se oye el timbre en la puerta.*)

ALIC. ¿Qué?

ARIS. ¿Quién llama?

WILL. Voy a ver. (*Mira.*) Señora. No ha triunfado

todavía. Aquí están sir Ricardo y sir Guillermo.

ALIC. ¿Eh?

ARIS. ¡Silencio! ¡Silencio!

ALIC. ¿Qué hacemos?

WILL. Yo les tengo que abrir. Vienen a mi casa y les tengo que abrir.

ARIS. ¿No podemos salir por otro lado?

WILL. Imposible. La única salida es ésta.

ARIS. Entonces, escondámonos. Rápido,

ALIC. ¿Por dónde?

WILL. Por ahí. Ahora, señora, están en mis manos.

ARIS. Sí, pero si usted nos pierde, se perderá usted también. Nos perderemos todos. Así es que tenga usted cuidado, señor William, con lo que hace. Y ahora, sea lo que Dios quiera. Vamos, (*Mutis de las dos. Vuelve a sonar el timbre.*)

WILL. ¡Tom! ¡Tom!

TOM (*Entrando.*) ¿Señor?

WILL. (*Después de encender un cigarro.*) Abre.

TOM ¿El señor está en casa?

WILL. Claro. ¿No lo ves? (*Tom abre y hace mutis.*)

GUI. ¿Sir William?

WILL. Adelante. Buenas noches, queridos amigos. ¿Pero cómo ustedes aquí?

RIC. Eso es lo que preguntamos nosotros, sir William. Usted aquí?

WILL. ¡Claro! A las dos de la madrugada, lo más correcto es estar en mi casa.

GUI. Perdón, sir William. En este caso, no. Después de dos meses de no vernos, se presenta usted esta noche en nuestra casa y promete esperar al fin de la fiesta para tratar de la venta de la fábrica. Perdone que le diga que ésto no es formalidad.

WILL. ¡Ah, vamos! Se trata de eso... siéntese.

RIC. Gracias. Hemos venido esta noche porque

usted nos dijo que mañana saldría de Londres.

WILL. Sí, sí, en efecto: Pero me llamaron de casa con urgencia y no tuve más remedio que venir.

RIC. ¿Y con tanta urgencia lo llamaron que se equivocó, y en vez de tomar su abrigo, se trajo una capa de señora.

GUI. ¿Sí?

WILL. (*Echándose sobre ella.*) Oh, esta capa es de una señora amiga mía. (*La estruja.*)

RIC. Oh, pues llévesela usted, que se va a resfriar.

WILL. Perdón, sir Ricardo. Es una señora respetable.

RIC. Ah, una señora muy respetable en casa de un caballero, muy respetable, a las dos de la madrugada, son cosas que tienen demasiada respetabilidad para que no se les pierda el respeto.

GUI. ¡Sir William, por Dios, que lo arruga usted!

RIC. Hace mal. Luego la señora se enfadará. Y hará bien, porque la capa es preciosa.

GUI. Yo no la he visto ¿Me permite usted?

WILL. ¿Para qué?

GUI. Para verla. (*Extrañado.*) ¿O es que no se puede ver esa capa?

WILL. Oh... ¿Por qué no? Mírela usted, lord Guillermo. (*Se la da.*)

GUI. ¿Qué?

WILL. (*Tranquilísimo.*) Comprada por mí ayer, en los almacenes de Harrods.

GUI. ¡Es extraño! Ayer mismo, Ricardo y yo, compramos otra exactamente igual.

WILL. ¡Oh! Eso prueba que los tres tenemos el mismo gusto,

GUI. Sin embargo, me dijeron que era un mode-

lo y que en todo Londres no había otra en este estilo.

WILL. Oh, también me lo dijeron a mí. ¿Quién hace caso de lo que dicen en las tiendas?

GUI. Sir William, ¿por qué habla usted con tanta frialdad?

WILL. ¿Y usted, por qué habla tan acalorado?

GUI. Yo porque necesito conocer a la dueña de esta capa.

WILL. Eso es imposible. Esta noche está indispuesta. Se la presentaré mañana.

GUI. No. Ha de ser ahora mismo. No me lo niegue usted, porque entonces es mayor la necesidad de conocerla.

WILL. ¡Lo siento, lord Guillermo!

GUI. ¡Quítese usted!

WILL. Estoy en mi casa.

GUI. ¿Y a mí qué me importa? (*Lo empuja.*) La dueña de esta capa, salga, salga, salga.

ARIS. (*Saliendo.*) ¿Qué? Deme usted mi capa, lord Guillermo.

RIC. ¡Arisca! ¿Tú?

ARIS. (*Pide silencio con un gesto y cae de rodillas.*) ¡Perdón!

(*Guillermo y William acuden a sostenerla. Por detrás aparece Alieia, y desesperadamente, le dice por señas a Ricardo que es ella.*)

RIC. (*Comprendiendo todo.*) ¡Ah! (*Alicia se oculta en silencio*)

ARIS. (*De rodillas y llorando.*) Esta es mi capa. Sir Ricardo y lord Guillermo, la compraron para mí.

TELON

FIN DEL TERCER ACTO

ACTO CUARTO

La decoración del primero y segundo. La mañana siguiente. Está en escena Jack, rígido.

RIC. (*Entrando.*) Buenos días, Jack. ¿Se ha levantado lady Alicia?

JACK Todavía no. Pero lady Arisca me ha preguntado por el señor.

RIC. ¿Dónde está?

JACK Aquí viene. Ah, se me olvidaba decir al señor que lord Guillermo le ruega que le espere esta mañana, pues desea hablarle.

RIC. Está bien. Dile que le esperaré.
(*Mutis de Jack. Entra Arisca.*)

ARIS. Buenos días, Ricardo.

RIC. Buenos días. Estaba deseando hablarte. Pero ¿qué tienes? Estás muy pálida.

ARIS. La poca costumbre. No estoy acostumbrada a trasnochar.

RIC. ¡Qué noche, Dios mío! Para ti, para mí y para todos.

ARIS. Sí, una gran noche. Para mí la mejor de mi vida.

RIC. No digas eso.

ARIS. Si es verdad. En ella lo tuve todo y pude perderlo todo. Pero no lo perdí. Y a la mañana siguiente puedo decir ¡qué noche! Para mí fué la mejor.

RIC. ¿Por qué?

ARIS. Porque fué la noche de mis triunfos. Triunfé del Mundo con tres frases aprendidas de memoria. Triunfé de tu hermana y volví una mujer al hogar. Y todavía me queda otro triunfo, el más grande, que mi sacrificio, que era a ti a quien debía hacerte daño es precisamente a ti a quien te produce esta gran alegría.

RIC. Sí, Arisca. Una alegría inmensa. La de saber que mi mujer es la más buena, la más digna de amor, que no siendo capaz nunca de pecar es, sin embargo, capaz de soportar la culpa de otra.

ARIS. Sí, de otra, sí. Pero no podría soportarla si fuera mía. Protestamos siempre cuando nos echan las culpas de los demás, y, sin embargo, ¡pesan tan poco! Son las nuestras, las nuestras las que nos deben pesar de veras.

RIC. Pero dime, dime. Yo quiero que me digas una cosa que no comprendo. ¿No pensabas que tu sacrificio podía ser una locura inmensa? ¿Que evitabas aquel dolor a mi hermano, pero me lo dabas a mí, que la salvabas a ella perdiéndote tú, que salvabas su hogar, pero a costa del nuestro?

ARIS. Ah, no, no, no... Yo no pensé en perder el mío ni un sólo instante. Es que yo tenía confianza en ti, yo sabía que tú habías de creerme cuando te lo dijera todo. Si yo hubiera dudado de ti, como tú de mí, no lo hubiera hecho, que el amor és egoísta y no hay sacrificio que valga cuando se trata de la felicidad propia. Si mi sacrificio hubiera echado una mancha sobre nuestro amor, que se perdiera el Mundo, pero que quedara nuestro amor intacto. ¡No! No soy una

santa, Ricardo. No soy más que una mujer.

RIC. Gracias, gracias, Arisca.

ARIS. Y qué era preferible: ¿Un instante de dolor tuyo o el dolor en tu hermano para toda la vida?

RIC. Sí, sí; tienes razón.

(*Entran Agata y Alicia.*)

AGAT. Buenos días.

ARIS. Señora...

AGAT. Alicia me lo ha contado todo.

ARIS. Hizo mal. No debió contarlo, sino olvidarlo.

AGAT. Gracias, gracias, lady Arisca. Usted ha salvado a mi hija. Mi hija era todo para mí. Ricardo vivió alejado de nosotros, pero ella era mi vida entera. Una noche compromete su hogar, su felicidad, todo, y usted la salva. Soy una madre, lady Arisca. ¡Tengo derecho a besarle las manos!

ARIS. ¡Señora!

AGAT. ¡Déjeme usted, déjeme usted! También usted lo pedirá si algún día le salvan algún hijo.

ARIS. ¡Oh, entonces, bese, bese!

RIC. Bueno, bueno; ya está bien.

AGAT. Oh, déjame Ricardo. Tú siempre eres el mismo. Estaba cumpliendo mis deberes de madre.

RIC. ¡Es que has dado tres besos más de los que debes!

AGAT. Oh, no vamos a discutir. Y ahora, lady Arisca, tengo que pedirle dos cosas.

ARIS. Usted dirá.

AGAT. La primera es perdón por lo que hicimos el día de su llegada. No podíamos imaginar que usted fuera una dama ni que nos haría tanto bien como el que nos ha hecho.

ARIS. Señora, de eso no hay que hablar.

RIC. Así es. Se cumplió lo que te dije: yo te ele-

vará hasta ellos o ellos bajarán hasta ti.

AGAT. Oh, no veo la necesidad de subir ni bajar. Y ahora, la segunda cosa que le iba a pedir, convenza usted a Alicia que quiere echar a perder todo.

ARIS. ¿Cómo? ¿Qué es lo que quiere hacer?

ALIC. Cumplir con mi deber, Arisca. Decir toda la verdad, tal como fué.

ARIS. ¡No, no! Usted no hará eso.

ALIC. Sí lo haré. Yo no puedo aceptar su sacrificio.

ARIS. ¿Pero dónde está mi sacrificio? Si por él, mi marido, que es lo que más me importa en el Mundo, me quiere más todavía que antes.

ALIC. Ah, pero Guillermo la cree culpable, y mientras haya una sola persona que la crea culpable mi deber es decirle que no lo es.

AGAT. Estás loca, hija mía. Tú no harás eso.

ALIC. Sí lo haré. ¿Pero qué es ésto, mamá? Tú que hablas siempre del deber, lo niegas ahora precisamente cuando se trata de cumplir el más doloroso.

AGAT. Ah, hija mía. Cumplir el deber, sí. Pero también mirar lo que nos conviene.

ARIS. No, señora. No es el deber el que la hace hablar así, es el orgullo. Ella no puede soportar que otra mujer la haya salvado, y mucho menos, mucho menos todavía, si esa otra mujer soy yo. Ella no puede recibir el bien de mis manos porque sabe que en mis manos no puse más que desprecio.

ALIC. ¡No! ¡No! No es eso... No. Yo quiero confesar mi culpa. Sería horrible callar toda la vida.

ARIS. Ah, mejor, mejor. Ese será su castigo. ¿Qué quería usted, cometer la falta y que nadie la castigara? ¡Ah, no, eso no! Confesarla sería

un alivio y su castigo es ese, quitarla ese alivio para que no pueda confesarla. Y esto para siempre. Y aun pasados los años, cuando usted sienta los besos de su marido, su culpa seguirá viviendo porque las culpas que no se dicen, nos acompañan para toda la vida. Y entonces sentirá usted unos deseos inmensos de gritarle: una vez yo te ofendí; te ofendí aunque sólo fuera con el pensamiento. Pero entonces, como ahora, seguirá el castigo y entonces, como ahora, hay que callarlo. ¡Hay que callarlo! Ese es su castigo, Alicia. Sin merecerla, aceptar la felicidad. (*Pausa.*)

ALIC. (*Cae llorando.*) ¡Oh, Dios mío!

AGAT. ¡Gracias, gracias, Arisca! Anoche perdí una hija. Pero esta mañana he encontrado dos.

RIC. Silencio. Silencio. Que viene Guillermo.

ARIS. Ah, ya llegó la ahora. Cada uno a lo suyo. Usted a su castigo. Y nosotros a nuestra comedia. Yo soy la esposa infiel y tú eres el marido indignado.

AGAT. Que viene, que viene.

ARIS. Hombre; hazme el favor de ponerte furioso.

RIC. ¡Ah! Cállate, mujer indigna. ¡No me mires! ¡No me hables!

GUI. (*Entrando.*) (¡Oh, Dios mío! ¡Estamos en plena tormenta!)

ARIS. ¡Ricardo! ¡Ricardo!

RIC. ¡Calla! Tú no sabes lo que has hecho. Todo lo has perdido en un instante. Has cogido nuestra felicidad y la has aplastado como una cáscara de huevo!

GUI. ¡Ricardo!

RIC. Déjame. Es que con la furia no sé lo que digo. (¿Oye, te perdono ya?)

ARIS. Perdóname. Perdóname. (No me vayas a perdonar, que todavía es pronto.)

RIC.	Calla, que no te quiero oir. ¿Tú sabes lo que es destrozar la vida de un hombre honrado? ¡Ah! ¡Ah!
GUI.	¡Ricardo! ¡Ricardo!
ARIS.	(Di otra cosa, hombre.)
RIC.	¿Y eras tú la que decía que me amaba locamente? Tu amor era fingido.
ARIS.	No, eso no... Yo te quiero, te quiero...
RIC.	¡Oh, cómo saben fingir las mujeres!
GUI.	Basta, Ricardo, basta. Un hombre debe dominarse. Esto se acabó.
RIC.	¡Ah! ¿Crees que no soy un hombre para dominarme? Pues sí, señor, ya estoy tranquilo.
GUI.	Así, así me gusta.
ARIS.	¿Pero me perdonas?
RIC.	¿Perdonarte?
GUI.	No. Perdonarla, no. Ella no merece perdón. Una mujer que ofende a su marido, no debe ser perdonada. Una mujer que se encuentra en casa de otro hombre que no es su marido, no debe ser perdonada. Una mujer engaña la lealtad de un hombre honrado, no debe ser perdonada.
ALIC.	¡Oh! *(Llorando en silencio.)* ¡Es a mí! ¡Es a mí!
AGAT.	¡Guillermo! No seas cruel... ¡No digas eso!
GUI.	¿Cómo? ¿Va usted a defenderla, señora? Un día, cuando ella llegó pura, ustedes la rechazaron y yo fuí el único que la defendí; ahora, cuando ella manchó su alma, yo no la perdono y ustedes son a defenderla! ¿Por qué?
RIC.	Y bien. ¿Quién eres tú? Yo soy el llamado a perdonar o castigar, puesto que soy el único ofendido.
GUI.	Por las leyes de Inglaterra, Ricardo, yo soy el jefe de esta casa. Cuando esta mujer

vino, en contra de todos, yo hice que se quedara; pues ahora voy a dar mi consejo. aunque vaya en contra de todos también, Ricardo, vuélvela a sus montañas.

(Arisca cae de rodillas.)

ALIC. (¡Oh, Dios mío! Es a mí, a mí a quien echa!...)

AGAT. ¡No! ¡Eso no! ¡Esta mujer no puede salir de ésta casa!

GUILL. ¿Pero qué es esto? No comprendo, señora. ¡La defiende usted como si defendiera a una hija!

AGAT. Sí. Desde esta mañana mis hijas son dos.

GUILL. ¡Calle, calle! ¡Son dos mujeres demasiado distintas! Una lo merece todo pero otra no merece nada!

ALIC. ¡Oh!... ¡Es mi castigo!

RIC. ¡No; silencio! Es verdad que ella cometió la imprudencia de ir a casa de otro hombre. Pero fué una imprudencia nada más. Fué engañada y sin darse cuenta del mal que hacía. Yo la perdono.

GUILL. Bien. Cada uno piensa como quiere. Haces bien.

ARIS. No.,. A mí no me basta con el perdón de mi marido... Yo necesito el suyo...

GUILL. ¿El mío? ¿Por qué?

ARIS. Sí; yo necesito que usted perdone a la mujer que pecó.

ALIC. ¡Dios mío! *(Pausa.)*

GUILL. No. Mi perdón no. Habiendo perdonado el marido, el mío ya no tiene importancia.

ARIS. Sí tiene, sí tiene... En este instante la mujor que pecó se lo está pidiendo... Necesita oirlo de sus labios...

GUILL. Pues bien, no. Ya que la perdonó el marido, algún castigo ha de tener. Sea su castigo saber que no la he de perdonar nunca.

ALIC. ¡Oh, si es mi castigo! ¡Si es, sí es! *(Pausa.)*

ARIS. *(De rodillas va hacia él.)* Señor, usted es muy bueno, muy bueno... pero si en su vida no hay un solo instante del que tenga que avergonzarse, entonces no me perdone y la mujer que pecó sabrá que usted no la habrá perdonado nunca, Pero si lo encuentra, perdóneme usted por él. Busque, busque aunque sea muy pequeño y esté muy lejos... *(Gran pausa.)*

RIC. Contesta, contesta, Guillermo.

GUILL. *(Muy lento.)* Sí. Uno hay. Muy lejos.

ARIS. ¡Ah, entonces hay una persona que ha de perdonarle, pues usted, a su vez, ha de perdonar a otra!

GUILL. *(Tendiéndole las manos.)* ¡Arisca!

ARIS. *(Besándolas.)* Gracias, gracias. Usted me defendió, usted me educó, usted es mi verdadero padre en la tierra... ¿Comprende usted ahora por qué necesitaba su perdón?

GUILL. ¡Hija mía! Levántate.

ARIS. No. Tengo que oir el perdón con todas sus letras.

GUILL. Pues bien. Yo también te perdono, Arisca.

ARIS. No, no... ¿Por qué dice usted Arisca? Yo no quiero que perdone usted a mí, porque en este instante soy su hija y a una hija es muy fácil perdonarla... Perdón, sí, pero sin nombrarme... Sin acordarse de mí... Perdón para la mujer que pecó.

GUILL. Pues bien. Como quieras.

ARIS. Dígalo, dígalo.

GUILL. Yo también perdono a la mujer que pecó.

ALIC. ¡Oh, Dios mio!

AGAT. *(Al oído.)* Cuando la insultaba a ella, los insultos eran para ti. Ahora que la perdona, acepta también el perdón como aceptaste los insultos.

ARIS. ¡Ricardo! ¡Ricardo! ¡Es mi último triunfo! ¡El perdón que conseguí!

RIC. ¡Y esta es tu obra! ¡Tu hogar! Un hogar donde cada uno te debe algo.

ARIS. (*Por Guillermo.*) Y el único que parece que no me debe nada, es precisamente quien me lo debe todo.

RIC. ¡Arisca! (*Abrazándola.*) ¡Déjame sentir muy cerca toda tu alma de mujer!

ARIS. ¡Cuidado! ¡Es el alma de la dama salvaje!

GUILL. (*A Alicia.*) ¿Ves? Son felices, pero en su felicidad habrá siempre una nube de tristeza. ¿Ves, Alicia?

ALIC. (*Llorando.*) Sí.... sí...

TELON

FIN DE LA COMEDIA

Precio: 3,50 pesetas